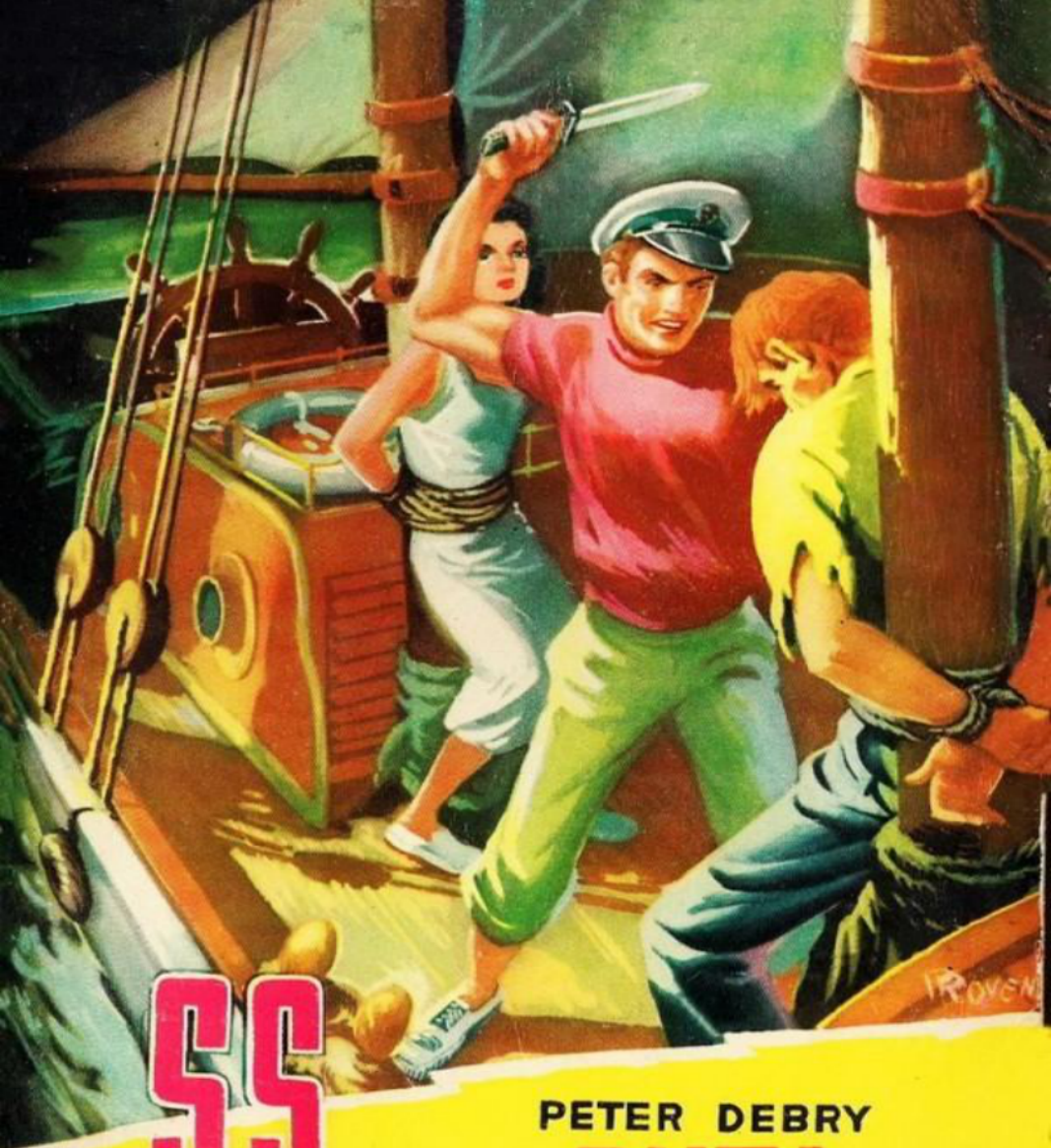




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY
**RUTA
SALVAJE**

PETER DEBRY

RUTA SALVAJE

1.^a EDICIÓN
ABRIL 1952



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN:

1. — La brigada de los suicidas. 4. — Sirenas tropicales. 6. — Los cuatro ases. 8. — El castillo de los ahorcados. 10. — Peces de platino. 12. — Gangsters en Casablanca. 14. — Valses tétricos. 16. — Los buitres negros. 18. — En busca de una cabeza. 20. — La atómica en Hollywood. 24. — La bella del Bósforo. 26. — La isla Corazón. 28. — Los diablos del Ártico. 32. — El pulpo humano. 34. — La pequeña tonquinesa. 36. — Piratería moderna. 38. — Un pistolero en el F. B. I. 40. — Dama «Dinamita». 44. — Doctor Borgia. 46. — Asesinatos en el Estadio. 52. — La muerte lenta. 54. — Platillos volantes. 56. — Aviones sin rumbo. 64. — El vampiro de Brooklyn. 66. — Cadáveres ambulantes. 69. — Gongo Kong. 71. — Los tiburones del «Tritón». 73. — Balas perdidas. 77. — Tobillos de oro. 80. — Los muertos no mienten. 83. — Nai- pes siniestros.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona

RUTA SALVAJE

**POR
PETER DEBRY**



I

El comisario jefe de la sección del F. B. I. de la ciudad de Augusta, en el estado del Maine, clasificaba mentalmente a los agentes a sus órdenes, en dos categorías: los intelectuales investigadores, y los sabuesos de acción y agresión.

Y sólo a dos hombres del F. B. I. en Augusta, y si le apretaban mucho en todos los estados de la Unión, les atribuía las cinco cualidades de intelecto vivo, investigación despierta, sabuesos tenaces, acción valiente y agresividad demoledora.

Eran esos dos hombres él mismo y el agente Kirk Glamorgan.

También tenía su mental clasificación para discernir las cualidades de Eva. Aunque casado, seguía conservando el gusto por la estética.

Y no cabía la menor duda que la señorita que acababa de ser anunciada, pertenecía a la clase superior, desde la punta de sus altos tacones hasta la graciosa borlita que remataba su pintoresco gorro de pieles.

Una morena provocativa por ser hermosa y fascinante, pero con el inconfundible aire de dama honesta. Unas piernas que eran un prodigio de estatuaria natural. Una cintura de avispa, un busto de maravilla, y unos ojazos que le comían la cara.

Este era el retrato visual que rápidamente ejecutó el comisario, mientras decía:

—Siéntese, señorita...

—Carol Brunetti —dijo ella.

Y sus golosos labios, henchidos al entreabrirse, mostraron dos sartas de perlas, en opinión del comisario.

—¿Brunetti? —pestañeó el comisario.

—Exacto —replicó ella, displicente.

El aire del Maine siempre era frío y cortante. Muy saludable, pero exigiendo defenderse de tanta salud. Era, pues, natural, que Carol Brunetti llevase falda de lana, chaquetón de pieles y bufanda de angorina vibrante de carmesí.

También podía ser natural que llevase manguito. Y de no llamarse Brunetti, el comisario no hubiera sentido prevención hacia el manguito de pieles que hacía juego con el chaquetón y el gorro.

Pero el manguito contenía dos manos enfundadas e invisibles en él. Al comisario, por más bonita que fuera la visitante, empezó a disgustarle aquel manguito.

—¿Un cigarrillo? —ofreció, insinuante.

Al menos, así le vería una mano fuera del manguito.

—Gracias, pero tengo mi marca favorita —replicó ella.

Y el comisario celebró aquella preferencia, porque Carol Brunetti extrajo las dos manos, depositando el manguito sobre su regazo, y de un bolsillo del chaquetón sacó una pitillera encendedor.

El comisario examinó las hermosas manos, de largos dedos finos, pero no huesudos. Unas manos como le gustaban. Hechas para la caricia suave, aunque el rojo oscuro de las uñas recordaba vagamente el tibio color de la sangre.

—Usted dirá en qué puedo serle útil, señorita Brunetti.

—Hace un año, varios de sus agentes acabaron con la banda de Gino Brunetti, señor comisario.

—Hace exactamente once meses y dos días. Lo recuerdo tan matemáticamente, porque fué una acción en la que tomé parte. Perdí dos de mis mejores muchachos. Brunetti y los suyos se defendieron como energúmenos. Sabían que si les cogíamos vivos, iban a la silla.

—Eran traficantes en drogas.

—Sí. Y ya de por sí este tráfico me merece la máxima repulsión personal. Pero es que, además, en cierto alijo que venía del Canadá, acribillaron de plomo a cuatro agentes motoristas. Pero... posiblemente usted conoce los detalles.

—A fondo, por dos razones. La primera, porque soy periodista.

—Pudo usted habérmelo dicho antes, ya que las conferencias de Prensa tienen su hora.

—Es que la segunda razón es también importante: Gino Brunetti es mi único hermano.

—Lo siento —dijo, sin el menor sentimiento, el comisario.

Ella emitió una amplia bocanada, cruzando las piernas. Sonrió. Y aquella sonrisa molestó al comisario.

—He dicho que lo sentía y he mentido, Carol Brunetti. Su hermano, y lamento hablan así de un muerto, no conocía más moral que la que compraba con un dinero conseguido con sucias tareas.

—No he venido a rebatir argumentos muy legales, comisario. Pero usted tiene fama de hombre cabal, que no habla por hablar. Y acaba de decir una falsedad.

—Mi galantería me impide decirle lo que pienso de su extraña actitud. No tengo por costumbre falsear, sino descubrir falsedades.

—Ha dicho usted que no le gusta difamar a un muerto.

—Lo sostengo.

—El caso es... —y, ella hizo una pausa voluntariamente larga— ...que Gino Brunetti goza de excelente salud.

No se inmutó el comisario, que también tras una pausa, comentó:

—He oído este rumor, pero mientras no lo compruebe personalmente, lo clasifico en lo que vale: un rumor.

—Gino y sus siete acompañantes, fueron sitiados en los almacenes de madera. Sostuvieron ustedes un tiroteo abundante, con escaramuzas y emboscadas. Una linterna prendió fuego a virutas, y uno de los almacenes ardió. Tres de la banda de Gino quedaron reducidos a cenizas. La identificación decretó que uno de ellos era Gino. Yo sostengo que Gino vive.

—Siendo usted su hermana, está calificada para saberlo.

—Un instante, comisario. Si pretende insinuar que por llamarme Brunetti, soy sospechosa...

—¡Alto! —dijo tiesamente el comisario. Y con sinceridad, añadió —: No la estimo sospechosa. Cuando hubimos terminado con Gino y su banda, recibí informes de que usted no tenía el menor contacto con Gino. Vayamos al asunto, señorita. ¿A qué debo este honor?

—Últimamente, he tenido suerte en algunos reportajes. Si yo tengo una pista segura, sé que mi deber sería comunicarlo al F. B. I. Pero si tengo presentimientos, no voy a importunar al F. B. I. Yo tengo la convicción de que Gino vive. Si lo demuestro, he obtenido un reportaje sensacional.

—No cabe duda. Pero permítame una pregunta. ¿En qué se funda para pensar que Gino Brunetti vive?

—Por ahora, en nimiedades muy vagas.

—Otra pregunta. ¿Busca un reportaje sensacional, y es usted tan profesionalmente fanática del periodismo, que no titubearía en despertar a los sabuesos que se lanzarían en pos de Gino?

—A esta pregunta capciosa, contestaré en su día, comisario. He nacido en los Estados, pero llevo mucha sangre italiana. Ahora,

permítame a mí una pregunta. ¿Es factible que un agente del F. B. I. pierda algún tiempo ayudándome en mi pesquisa?

—Sería factible en forma mucho más sencilla, con sólo decirnos usted los fundamentos de su suposición.

—Repito que no son sólidos. Pero para solidificarlos, tendría que meterme en determinados lugares, donde una mujer, aunque no sea una tímida, corre peligro.

—Comprendo. Necesita algo así como un guardaespaldas. Podría hacer la prueba unos días, destinando un agente a acompañarla.

—Debo recalcar un punto. Tan pronto Gino sospeche que le voy buscando, no estaré segura.

Iba el comisario a decir algo, pero se contuvo. Ella, intuitivamente, conminó:

—Dígalos... Iba a manifestar algo así, como: «¡Vaya familia! Dos hermanitos que son una delicia».

Bruscamente, el comisario atrajo un bloc, del que hizo correr varias hojas.

—Libres de servicio hay varios. Uno de ellos es magnífico. Por cierto, actuó cuando el asunto Brunetti... Kirk Glamorgan.

—He oído hablar de él. Por lo visto, lo consideran un héroe.

—Es más que un héroe, que generalmente lo son en un momento de arrebato. Kirk Glamorgan es un irlandés de sangre caliente, pero que tiene una sangre de pez en nevera, cuando le interesa. Podemos probar, señorita Brunetti. Cuando lo diga...

—Ahora mismo. Desde que salga de aquí con un agente del F. B. I. y vaya a determinados lugares, empiezo una ruta salvaje... Salvaje porque conozco bien a Gino.

—Entonces, nadie mejor que Glamorgan.

Pulsó una palanca de dictáfono, y dijo:

—Busquen a Glamorgan. Urgente.

—Está en el bar jugando al billar, señor —replicó el altavoz.

—Que suba.

Cerró, y en silencio examinó de nuevo a la que encendía otro cigarrillo. Ella pestañeó, manoteando en el aire, para alejar una voluta de humo.

Pasaron dos largos minutos, y la puerta se abrió, apareciendo Kirk Glamorgan. Veintiocho años radiantes de agresividad, desde los rojos cabellos y los grises ojos acerados, hasta las largas piernas.

Carol Brunetti miró como mujer, sin descaro, con retina de periodista. El traje gris a rayas, cruzado, los zapatos de brillante piel flexible marrón, a la corbata de seda gris lisa, la camisa de popelín cara, el cabello limpio de todo líquido, rizado, la barbilla

voluntariosa, hendida en dos, la nariz corta y las duras cejas.

La diestra de uñas en corto, pulidas, sostenía entre los musculosos y algo velludos dedos, un sombrero castaño, también caro.

—A la orden, señor.

—Le presento a Kirk Glamorgan, señorita. Mi mejor muchacho.

—Encantada —dijo ella.

Parecía como si dijera que el tiempo no estaba malo. Una voz indiferente, pero los negros ojos eran muy detallistas.

—La señorita es periodista, y se llama Carol Brunetti, hermana del difunto Gino. Afirma que Gino está vivo.

Los grises ojos de Glamorgan no pudieron evitar un reflejo desdeñoso, que corrigió, mirando de nuevo al comisario.

Ella dijo, con cierta sequedad:

—No he venido a delatar, Glamorgan.

—Resumiendo lo expuesto por la señorita Brunetti, Kirk, ella solicita un acompañante para determinadas visitas peligrosas. No tiene pruebas en concreto. Las busca. Siendo periodista, desea naturalmente, las primicias del reportaje que pueda obtener. Póngase usted a disposición de la señorita Brunetti desde ahora mismo. Si transcurridas cuarenta y ocho horas, no hay nada en concreto, presente sus respetos a la señorita Brunetti, y vuelva a jugar al billar.

—A la orden, señor.

Carol Brunetti se levantó, saludando brevemente al comisario, que en pie, inclinó también la cabeza. Glamorgan sostenía la puerta abierta, y al atravesarla ella, la siguió.

En el ascensor, Kirk Glamorgan se pulió las uñas contra la solapa. Al salir, se dirigió a una percha, de donde recogió un impermeable gris metálico.

En el umbral del edificio, ella señaló hacia un coche de dos plazas, azulado. Un «Buick».

—Lo pago a plazos —manifestó—. Si quiere conducirlo, mejor.

—Gracias.

Se instaló él al volante, y ella, al sentarse a su lado, indicó:

—Oaks Riverside, 71.

Puso en marcha Glamorgan. Ella encendió otro cigarrillo, ojeando por el espejo retrovisor a su acompañante.

—Los irlandeses tienen fama de charlatanes. Usted la desmiente.

—Las italianas no siempre cantan ópera, señorita.

—Llámeme Carol. Vamos a estar cuarenta y ocho horas constantemente juntos. Tiene usted un sastre caro. No sabía que los

sabuesos del F. B. I. cobraban sueldos para camisas de veinte dolares.

—Échele más vinagre, Carol. No puedo picarme. Igual hablaría la hermana de Jim Perkins, si estuviera junto a uno de los muertos del almacén de maderas.

—¿Quién es Jim Perkins?

—Era uno de los agentes que la banda de Brunetti mató.

—Yo no les tengo rencor a ustedes. Cumplen un deber.

—Entonces, no me llame sabueso.

—Lo cierto es que usted me miró con cierto asco.

—¡Qué va! —sonrió por primera vez Glamorgan, tomando un viraje muy ceñido, sin aminorar la marcha.

Estaban en las afueras de Augusta, en la carretera del río.

«Una sonrisa muy saludable», pensó ella.

—¡Qué va! —repitió Glamorgan—. Está usted muy de buen ver, créalo.

—Puedo tolerarle guasas al héroe del F. B. I. Allí, aquella casita, es el 71.

Frenó él ante la verja de un jardín. Era un pequeño chalet. Bajando del coche, ella abrió la verja. Atravesaron un sendero enarenado.

—Hablemos claro, Glamorgan. Usted, en el fondo, me desprecia.

—Tanto como eso... —dijo él, evasivamente—. Usted sirve a su diario, y, a la vez, puede servir a la ley.

—Pero estima casi contra naturaleza, que la hermana de Gino, por más asesino que sea, pretenda descubrir que vive.

—Soy del F. B. I., Carol.

—Pero bajo la chapa de agente...

—No llevo chapa.

—Tiene usted bajo su americana un corazón, ¿no?

—Listo iba, si no me funcionaran las venas.

Ella introdujo una llave en la artística cerradura labrada. Abrió, y un amplio vestíbulo con mobiliario colonial se presentó, alegre con sus cortinajes floridos.

Sobre un estante había una fotografía. Representaba a un hombre joven, de franca sonrisa.

—Mi marido —anunció ella, señalando la fotografía.

Por las escaleras que comunicaban con el piso superior, bajó corriendo una chiquilla morenucha, desgarrada, pero graciosamente linda.

—Mi hija Claretta —dijo Carol Brunetti.

La niña, que tendría unos cuatro años, miró reflexivamente al

agente, que poco ducho en entablar amistades infantiles, agitó dos dedos de la diestra, saludando:

—Hola, peque. ¿Qué tal va eso?

La niña rió, corriendo a hundir la cabeza en el regazo de su madre. Y fué entonces, cuando los ojos de Carol Brunetti, demostraron que eran italianos.

Vengativos, salvajes, rezumando rencores, al decir lentamente:

—Mi marido murió ahogado. Al parecer, se cayó desde un acantilado, paseando. Sólo yo sé quién le empujó. Hace un año y dos meses, que lo perdí.

Presintiendo algo horrible, Kirk Glamorgan murmuró:

—Ignoraba que fuera usted viuda, Carol. ¿Sucedio en Augusta la muerte de su esposo?

—Sí. Pero como no hubo delación, poco habló la Prensa. Ande, vuelva a mirarme con desprecio, Glamorgan.

Los grises ojos del agente miraron compasivamente a la viuda. Pero se sobresaltó, porque, de pronto, en las espinillas recibió un puntapié.

—¡Niña! —exclamó Carol Brunetti, cogiendo a su hija por las trenzas, en evitación de que repitiera su agresión.

Claretta agitó los puños hacia el metro ochenta de Glamorgan.

—¡Con desprecio, nadie mira a mi mamá!

—Lo siento, peque —musitó el agente—. Y has hecho bien en darme en las espinillas. Oiga, Carol, su hijita tiene vocación de futbolista.

—Sube a tu habitación, pero antes pide perdón al señor. ¡Ahora mismo!

—Déjelo, Carol. La niña está en su derecho. Vale, Claretta. Yo fui necio y majadero con mamá, y la has vengado. Puede quedarse, ¿no?

La niña miró recelosamente al agente. Y, por fin, susurró:

—Bueno. Te pido perdón, pero no se te ocurra más ser un necio majadero. Vale. ¿Y cómo se llama este señor que tiene fuego en el pelo?

—Kirk Glamorgan, y ha venido para tomar nota de un detalle que no le expliqué. Anda, sube a tu cuarto, que no tardará en venir la señora Thomas.

—Bueno. Adiós, señor Kirk.

La niña corrió escaleras arriba. Carol Brunetti escanció vermut y ginebra en dos copas. Dijo:

—Gino fué quien mató a mi marido. Aunque supongo ya lo había adivinado.

—Bien. Si fué así, ¿por qué no lo dijo al F. B. I.?

—Era asunto familiar.

—¿«Vendetta»? Oiga, Carol...

—Me sé lo que dirá. Era asunto del F. B. I. y yo debo apartarme de esto.

—Aunque sólo fuera para no dejar huérfana del todo a Claretta.

—Si así ocurriera, la cuidarían bien.

Se volvió ella a un lado, repentinamente, dejando la copa. Y Kirk Glamorgan se sintió molesto. No le gustaba ver llorar silenciosamente a una mujer.

Dijo torpemente, dando golpecitos aun más torpes en un hombro del chaquetón de pieles:

—Vamos, vamos... Hasta ahora había valor. Ande, eche el traguito del pacto de amistad entre Carol y Kirk. Comprendido todo, y vamos a arreglar esto. Si Gino vive, debe pagar su peor crimen ignorado. Y perdone, Carol, pero el oficio es el oficio. ¿Qué pruebas...?

Ella, enjutos ya los ojos, volvió a esconder el pañuelo. Tomó la copa y bebió. Después, manifestó:

—Mi marido no quiso decirme que Gino le había visitado, no estando yo en casa. Mi marido tenía dos camiones de su propiedad. Hacía transportes, algunos desde el Canadá. Gino le ofreció bastante dinero para que en sus camiones pasara drogas. Mi marido dijo que gracias a ser él mi hermano, se callaba. Gino se marchó...

—Ya. Y Gino no quiso que alguna vez pudiera usted recibir la confidencia de su marido. Pensó que por querer usted mucho a su marido, podía él correr peligro. He visto ya su casa, y a Claretta. ¿Hay algo más por ver?

—No. Lléveme a almorzar a casa de Gasparoni.

—¿Gasparoni? Un elemento que cocinando será un talento, pero personalmente podrían colocarlo en los asadores donde giran cerdos.

—Es un mal bicho. Fué gran amigo de Gino.

—Ya... Debo advertirle que cierta vez rompí algo en casa de Gasparoni.

—¿Qué fué lo roto?

—Una cara. Lo cito, porque Gasparoni sabe que soy agente del F. B. I.

—Ahí está lo que pretendo. La hermana de Gino, en casa de Gasparoni con el agente Glamorgan... ¿Comprende?

—Comprendo. No volveré a repetir que el camino que emprendemos, lo andaría mejor solo. Usted tiene derecho a estar

presente. Si yo fuera mujer, haría lo mismo. Buen vermut, Carol. Abre el apetito.

Al cerrar ella la puerta desde fuera, dijo:

—Dado mi trabajo en el «Maine Day», estoy frecuentemente ausente. Y viene una señora que le tiene mucho cariño a Claretta, y la niña la quiere casi como... a mí.

—Vamos, vamos. Usted es siempre la mamá. Además, ¿era usted periodista cuando vivía su marido?

—No.

—Otro delito del que responderá Gino, si vive.

En el interior del coche, dijo ella:

—A primera vista, me resultó antipático, Kirk.

—Ídem.

—Ahora, no. Se conquistó a Claretta, y es difícil.

—Si es así, atacará con hacha cuando entren otros visitantes. Aclararemos. ¿Alguien en concreto que le infunda sospechas en Gasparoni?

—No.

—¿Cómo sospechó la posibilidad de que Gino viva?

—Indicios muy leves. La mirada de un vendedor ambulante, que conoció a Gino y que hace poco, al verme, tuvo la clásica expresión del que tiene un secreto. El vendedor va a casa de Gasparoni.

—Poca cosa.

—Después el asunto de Boston, donde encontraron cinco paquetes de «Eucodal», metidos en un tubo dentro del mango de una raqueta de tenis, a bordo del correo de los Kay cubanos.

—Lo leí. ¿Y qué tiene que ver con Gino?

—Era un truco favorito de Gino.

—Ya. Tenemos el vendedor y nada más. Los traficantes usan repetidamente los trucos que a otros les han dado resultado. ¿Qué más?

—Fui a comer sola a casa Gasparoni y lo presenté. Él y sus dos hermanos que sirven las mesas, disimulaban, pero me miraban al igual que hizo el ambulante.

—Ahora elija, Carol. ¿Debo sacudir al vendedor y a los Gasparoni, o emplear la táctica infantil?

—Prefiero, al principio, la táctica infantil. ¿En qué consiste?

—Es elemental. Usted y yo empezamos a comer. Cuando el camarero se aleja, susurramos con cara de conspirar, y cuando se acerca decimos en voz alta algo sobre el tiempo, tontamente. Y deslizamos el «embuchado».

—Tendrá que ser paciente conmigo, Kirk. Soy novata.

—El embuchado significa que a la tercera vez del juego cometo la imprudencia de decir lo suficientemente claro para que oiga uno de los Gasparoni, algo relacionado con Gino y el vendedor. ¿Cómo se llama el vendedor?

—Jack Fulton.

—Vaya, ya no estamos en Italia. ¿Qué tal es Fulton? ¿Fichado?

—Vende chucherías azucaradas.

—Y como la mayor parte de los ambulantes, contrabandeará.

Frenó, aminorando la marcha, porque las calles se estrechaban en aquel barrio mísero de Augusta. Aparcó el «Buick» frente a un restaurante, en cuya fachada una franja decía: «Gasparoni».

Y en los cristales de las cuatro vidrieras, tras las que se veían mesas y comensales, letras pintadas con cierto arte anunciaban los platos nacionales italianos.

II

Fredo Gasparoni, el hermano mayor, atendía las cocinas y la caja. Hizo girar la manivela registrando el dolar que acababa de percibir, y miró interrogante a su hermano Tulio, que susurró:

—Ahí está Carol.

Fredo Gasparoni estimó que los dos clientes merecían su personal atención. Le costó trabajo, pero tenía muchos años de práctica comercial y su sonrisa fué bastante aceptable, al saludar:

—Mucho placer en verte, mi querida Carol. ¿Cómo va la niña?

—Crece en edad y honradez, Fredo. Confiamos en tu gusto. Sírvenos lo menos malo que tengas.

—¡Ah, esta Carol! Siempre tan mordaz...

—Hola, Gasparoni —intervino Glamorgan—. Ya una vez probé tus guisos, y aquí estoy de nuevo dispuesto a resistir. Tengo un estómago a prueba de bala.

—Ahora le recuerdo, señor. Sí, en efecto. Aquel lamentable accidente... Lo deploré mucho.

—Más lo deploró tu amigo.

—¿Mi amigo? —fingió escandalizarse el italiano—. Yo no quiero tratos con mala gente. No los puedo ni ver.

—No te mires al espejo. Anda, Gasparoni, y no me echas matarratas en la sopa. Está ya muy gastado el método.

—¡Ah, el buen humor juvenil! —rió Fredo Gasparoni.

Pero cuando dió media vuelta, sus ojos asesinaban. En la cocina, comunicó a Tulio:

—Supongo conoces al que está con Carol.

—El que le rompió la nariz y dos costillas a Braden. Es del F. B. I. Se llamaba así como Glomerguen.

—Me huele mal la cosa, Tulio.

La sopa era deliciosa, sin exceso de queso. El arroz, perfectamente en punto. La «táctica infantil» iba adelante, hasta que llegó el plato de carne mechada.

Estaba diciendo Glamorgan:

—...y ha de venir Jack Fulton. Él puede ser el contacto...

Estaba Fredo Gasparoni presentando el plato, y por eso, Glamorgan, alzando la voz, añadió:

—Como le decía, Carol. Aposté por el caballo bizco y perdí.

En la cocina, Fredo secóse el sudor con el delantal. Resoplaba angustiado. Su otro hermano, Enzo, acudió en compañía de Tulio.

—¡Maldición! ¡La muy perra! Ha oído la cosa. Se ha traído al federal, y están esperando a Jack Fulton. Dijo que podía ser el contacto. Atiende las mesas, Tulio. Hay que pensar pronto algo eficaz.

Entre tanto, Carol Brunetti preguntaba:

—¿Qué quiere decir «el contacto»?

—El individuo que en una banda de traficantes sirve de enlace entre el almacén y los distribuidores. Supongamos que la droga viene del Canadá o de San Francisco, y que los Gasparoni la reparten. Jack Fulton podría ser el que la entregue a los Gasparoni. Ahora, al terminar, mientras yo pago, usted dígame a Fredo: «Quisiera hablar con Fulton».

Al postre, Fredo Gasparoni acudió obsequioso.

—¿Almorzaron bien mis dilectos amigos?

—Espléndido, Fredo. Dime, ¿dónde puedo ver a Fulton? Quisiera hablarle —manifestó Carol.

Fredo Gasparoni se rascó la frente, como quien medita.

—¿Fulton, Fulton?

—El que vende caramelos.

—¡Ah, Fulton! Ya, ya... Es que aquí le llamamos «Sugar». Pues verás, Carol. Antes venía mucho, pero parece que las cosas no le van bien. Come ahora en un puerco establo, por las afueras. Un sitio denigrante llamado «Pienso y codazo». El pienso no lo comería ni un camello, y en cuanto al codazo, es un vino agrio, con más agua que solera. No te recomiendo que vayas allí, Carol. No es para señoras.

—Iré. Podríamos ir a tomar café allí. ¿No le parece, Kirk?

—Vale.

Pagó Glamorgan, y Fredo Gasparoni les acompañó hasta la puerta, con reverencias y sonrisas. Apenas les vio subir en el «Buick», corrió a la cocina.

—¡Tulio, Enzo! Telefoneando a Kingland, ya mismo. Dile que para allá va uno del F. B. I. con Carol Brunetti. Que los distraiga, y que aguante a Fulton, y lo esconda si está allá. ¡Anda, Enzo!

Cuando Enzo hubo transmitido el mensaje para el dueño del «Pienso y codazo», murmuró Fredo:

—No hay más remedio, o se nos viene abajo todo. Está claro. Saben que Gino vive y lleva el negocio.

—¿Voy yo, Fredo?

—No. Este Kirk... ¡Glamorgan!, eso es, es duro de pelar. Y no

convendría que cayera uno de nosotros. Avisa por teléfono a Kingland. Dile que trate muy bien al pelirrojo y a Carol. Lo entenderá.

Colgó Enzo después, de haber hecho la segunda comunicación. Fredo Gasparoni suspiró:

—Lo siento por Carol. ¡Era una chica muy bonita! «Porca miseria». ¡Lo que ha de hacer un hombre para comer pan con mantequilla!

Los dos hermanos sonrieron bestialmente. Les agradaba el humorismo del «mayor».

En el coche, Kirk Glamorgan apenas arrancó, dijo:

—Fredo ha aplicado la táctica de la coqueta gazmoña. La que protesta, diciendo: «¡Ay, no sea atrevido o llamo a mamá!», y, a la vez, tiende los labios y cierra los ojos.

—Mal veo a Fredo así —sonrió ella.

—Da una de cal y otra de arena. «¡Oh, *mía cara ragazza!* no vayas al antro, que no es para damas». Pero da las señas. Conozco al dueño del «Pienso y Empino». Se llama Kingland, y tendrá un mal fin, porque es el sujeto más repulsivo que conozco. Es de los que inspiran el deseo de pegar.

—Un deseo que me parece no hace falta se lo inspiren, Kirk.

—No me tome por un matón. Es que prefiero dar primero, porque doy dos veces. Oiga, mejor que me espere fuera.

—No. Le dije ya al comisario que por más salvaje fuera la ruta que estoy empezando a recorrer, no la abandonaría hasta... llegar.

—Adelante, pues.

El tugurio de Kingland estaba al borde oriental del río. Era un caserón de madera, donde por el día acudían a comer y beber barato, los poco afortunados. Algunas noches venía gente rica, deseosos de emociones.

Kingland estaba en el umbral, contemplando la maniobra con la cual Glamorgan colocó el coche cerca del puente.

Bajo y rechoncho, Kingland se preciaba de sacar al mayor camorrista, y darle un baño, sin ayuda de nadie.

Reconoció a los «señalados» por los Gasparoni. Tenía ya preparada la mejor manera de «tratarlos muy bien».

Miró hoscamente al agente, al acercarse éste seguido por Carol.

—Hola, Kingland. Si no sabes quién soy, mejor te lo digo.

—Estoy en regla, jefe. Puede inspeccionar.

—No vengo a eso. Adelante, Carol. Huele mal, pero dentro es todavía peor.

La sala que servía de comedor, hubiera sido la mejor decoración

para plasmar una cueva de bandoleros.

Se acodó Glamorgan al mostrador. Carol Brunetti miró con cierta aprensión a los otros dos sujetos, únicos visibles en la sala, que parecían dormitar sobre una mesa.

Tras el mostrador, con una botella en la mano, Kingland vertió en dos vasos. Dijo:

—La casa invita.

—No beba, Carol —sonrió Glamorgan, colocándose de perfil—. Ya hemos apagado la sed, Kingland. Oye, ¿tú conocerás entre la distinguidísima clientela que te mantiene, a un tal «Sugar», más conocido en su casa por Jack Fulton?

—Le conozco. Suele venir. Debería estar por aquí. Es su hora. ¿Qué ha hecho el chico?

—Eso voy a preguntarle. Poca gente, Kingland.

Lo que siguió fué tan repentino, que Carol Brunetti sólo percibió que era arrojada a un lado, cayendo tendida, a la vez que una botella se rompía en añicos sobre el mostrador.

Desde el suelo, ella adivinando que era Glamorgan el que la había empujado oportunamente, se adhirió a la madera.

Vió a Glamorgan asiendo por el cuello al rechoncho Kingland, que pasaba por encima de las espaldas del agente. Agitaba en su diestra el casco roto y lleno de aristas, pretendiendo clavarlo en la cabeza de Glamorgan.

Coincidió con la ruidosa caída de espaldas de Kingland, la embestida de los dos que parecían dormir. Llevaban cuchillos en la diestra, y uno sujetaba un taburete por las patas.

El taburete fué a estrellarse donde un segundo antes se hallaba Glamorgan, que ahora, tomando impulso sobre el corpachón de Kingland, saltó para empujar en abrazo especial al del taburete.

Un abrazo en el que hincó la cabeza contra el cuello, a la vez que alzando las dos rodillas las conectaba con el bajo vientre.

El otro, aun indemne, rasgó el aire con el cuchillo, que destelló de refilón contra la tela del impermeable.

Crujieron unos huesos y con la mandíbula abierta, el del cuchillo fallón cayó de rodillas. Lamiéndose los nudillos, Glamorgan fríamente asestó un puntapié en pleno rostro del que, colgante las mandíbulas, se derrumbó hacia atrás.

Cerró los ojos Carol Brunetti, adhiriéndose más al suelo. Kingland gateaba, y consiguió asir las dos piernas de Glamorgan, para aplicar la clásica cabezada al vientre. Lo logró, y quedó el agente sentado.

Kingland agitó los dos brazos furiosamente, destinando los

gruesos puños al rostro del medio aturdido agente, que actuando por reflejos, empujó con los dos pies.

Abriendo los ojos, Carol Brunetti se incorporó, gritando:

—¡La galería, Kirk!

En la balaustrada del piso alto, un individuo apuntaba con un pequeño rifle de caza hacia el agente, que, girando sobre sí mismo, sacó su pistola.

Los dos disparos fueron simultáneos. El de la galería se tambaleó, mientras en su entrecejo se agrandaba en rojo un pequeño punto negro.

El disparo del rifle levantó astillas cerca del corpachón de Kingland que volvía a ponerse en pie y sobre el que saltó Glamorgan, ya galvanizado por la pólvora.

La visión de la pistola que le encañonaba, hizo alzar dócilmente los brazos a Kingland, mientras con ruido mate se estrellaba contra el suelo, cayendo desde la balaustrada, el que había intentado acertar con el rifle al agente.

Vino a aplastarse cerca del que iba recuperándose del doble impacto en el cuello y en el vientre. El otro, manchaba la madera con la sangre de su rostro.

—Las manos en la nuca, Kingland. Tú, como te llames, igual.

Un hilillo rojizo descendía por la comisura de los labios del agente. Iba marcando con el cañón de su pistola un semiarco, señalando a Kingland y al otro, el mostrador.

—Aplicad las espaldas en la barra, y no bajéis las manos. Os lo pido por favor.

Y, a la vez, amartilló Glamorgan el gatillo.

El de la mandíbula rota y la pateada cara, gruñó en el suelo, removiéndose. Fué Glamorgan a sentarse junto a él; aplicando la suela del zapato sobre su nuca.

—Por partes. Y usted, quieta ahí, Carol. A lo mejor sale otro de allá arriba. Lo lamentaría, Kingland. Si asoma otro, primero te meteré fuego en la barriga.

—No hay otros —resopló. Kingland.

—Carol. De rodillas, sin sacar La cabeza, pase tras el mostrador. Al teléfono marque el 7785-MV... Sigue rascándote la nuca, tú. ¿Te llamas?

—Bulking.

El llamado Bulking tenía como Kingland los codos en alto, y las dos manos apoyadas en su nuca. Ambos miraban igual, como alimañas caídas en la trampa que para otro prepararon.

—Si no falla el botellazo, Kingland, ganáis. ¿Y cuál era la

ganancia, Kingland?

—Hablaré con el abogado.

Comprobó rápidamente Glamorgan que el de la mandíbula rota, era incapaz de nada, porque estaba conmocionado, y tardaría horas en volver a recuperar los sentidos.

Se levantó, acercándose al mostrador. Dijo:

—Pida una ambulancia y un coche patrulla aquí, Carol. Cite mi nombre y oficina.

Ella, al teléfono, tras los dos maleantes, apremió:

—Una ambulancia y un coche patrulla. Los pide en el establecimiento «Pienso y Codazo», el agente del F. B. I., Kirk Glamorgan.»

Y colgó.

—Siga donde está, Carol. No, no intente cachear. Estos no llevan nunca armas de ruido. Lo del rifle fué algo fuera de lo común. ¡Ah! Y Gracias, Carol. Estuvo oportuna.

Distaba de los dos maleantes, apenas un paso. Añadió:

—Habla, Kingland. ¿Por qué este caluroso recibimiento?

Kingland casi escupió:

—Nada tengo que hablar contigo, piel roja.

Kingland, a la vez, quiso esquivar, pero era más veloz el puño que se estrelló, en el centro de su ancha cara. Era el puño que sostenía la pistola, y la culata abrió brecha.

Kingland fué desplomándose lentamente, como un saco que se deshinchaba. Los grises ojos de Glamorgan, miraron al otro.

—Tú serás más amable conmigo, Bulking. La agresión a una autoridad puede valerte dos años de rejas.

—Yo no sabía que usted era de la «bofia» —dijo, con toda sinceridad, Bulking—. Jimmy y yo...

—¿Jimmy?

—El que estaba en la mesa conmigo. Vinimos a comer, y Kingland estaba echando a todos fuera, casi a patadas.

—¿Cuándo?

—Tal vez unos diez minutos antes de que ustedes dos llegasen.

—Vamos bien, Bulking. Hablas claro, y te echaré una mano... abierta, cuando te toque pasar ante el juez. Sigue así.

—Kingland nos dijo que si queríamos ganar diez machacantes cada uno, sólo teníamos que sentarnos en aquella mesa, haciendo ver que dormíamos. Y que cuando él arrease el botellazo, «asegurásemos» al tipo y a la chica.

—Parece la verdad. ¿Y el del rifle?

—Ese no sé quién es. No estaba aquí. ¡Palabra, jefe!

El desagradable ulular de una sirena iba aumentando, complementado por el chirrido tintineante de la ambulancia.

Oyéronse frenazos y rumor de pasos. Irrumpieron dos policías uniformados. Otros dos se quedaron en el umbral, dando primero paso a unos camilleros.

El último que entró fué uno vestido de paisano. Se arrodilló junto al de la mandíbula rota, y, como médico, anunció:

—Leve. Llevadlo y vendad.

Se aproximó, arrodillándose, ante el del rifle. Le cogió por los cabellos para verle el rostro, y dijo:

—Que en paz descanse.

Gritó Carol:

—¡Jack Fulton!

Los policías esposaban a Kingland, desvanecido a medias, y a Bulking.

—Sacadle la verdad a Kingland —avisó Glamorgan—. Ya me dejaré caer por allá. Que os diga quién le advirtió nuestra llegada, y por qué quería quitarme de en medio.

El médico abrió su estuche, y sin decir una sola palabra, aplicó una pomada cristalina en el borde del labio de Glamorgan, y después, un pequeño parche de tafetán.

—Un día te vas a infectar con esta gentuza, Kirk —dijo, hoscamente.

Uno de los agentes miró a Carol Brunetti, y rápido, manifestó Glamorgan:

—Periodista. Me ayudó. Gracias a ella, el del rifle no me atinó.

Quedaron solos Glamorgan y ella, que comentó:

—Fué salvaje la cosa, Kirk.

—Fué necesario. Me parece que tiene razón, Carol. Y casi apostaría por esta sencilla explicación: Fulton es «contacto» entre los que envían la droga y Kingland y los Gasparoni. Estos avisan a Kingland. Pero si no canta Kingland, mal podré interrogar a los Gasparoni. Vamos... No será necesario que asista al interrogatorio. Y, además, está prohibido.

En el coche, ella encendió nerviosamente un cigarrillo.

Tras unas bocanadas, fué a hablar, pero Glamorgan atajó:

—Es usted viuda y muy libre de sus actos, pero si yo fuera algo para usted, le diría que hay dos cosas que hacen fea a la más bonita: fumar y masticar chicle.

—Lo necesito. Me calma los nervios. Nunca... nunca asistí a una pelea tan brutalmente fría. Es distinto ver boxear en un «ring»

—En el «ring» los que se pegan, luego se abrazan. En el «Pienso

y Codazo», si la botella me acierta, usted ahora estaría en el río con una piedra de molino al cuello. Y de una vez por todas, atienda, Carol. Hemos empezado con buen paso el camino. Y ha de saber que no habrá ni nobleza ni lealtad en ellos ni en mí. Hay que pegar con lo que sea, pies, manos, botellas, hachas, si es preciso. Y no vuelva a mirarme, con reproche y horrorizada, como cuando le abrí la nariz a Kingland. Si ha leído que los agentes invitamos caballerosamente a pegar primero al asesino, desengáñese. Y al que ataca por la espalda, necio sería darle con un plumero.

—Usted, por lo visto, no se pierde nada. Creí que no me estaba mirando.

—Me dieron dos ojos y los llevo ejercitados en sacar de ellos el máximo provecho. La vista también trabaja.

Detuvo el coche, y ella iba a quedarse esperando. Pero el agente invitó:

—Venga, y espere fuera del despacho. Aquí, no. En la calle pasan coches. Y yo respondo ante el comisario de usted. Si Gino vive y está en todo esto, los Gasparoni ya se lo habrán comunicado.

Ella asintió, y poco después, se sentaba en uno de los banquillos del largo corredor del Departamento de Policía Judicial.

Kirk Glamorgan entró en uno de los despachos, donde cortinas cerradas, un foco estaba encendido. Un foco que daba de lleno en el rostro parchado de esparadrapo de Kingland.

Tras la mesa, el agente que interrogaba se levantó y los otros dos que se apoyaban en sillas a espaldas de Kingland, se acercaron.

—Dice que se equivocó. Que te tomó por otro —rió un policía.

—Puede que sea así. El caso es directo y personal, ¿no? Dejadme hablar con el chico a solas. Gracias.

—Gracias a ti, si nos ahorras trabajo.

Salieron los tres agentes. Kingland empezó a sudar copiosamente. Tras él, Glamorgan habló casi amistosamente:

—No seas borrico, Kingland. Tengo los hilos cogidos. Sé que fueron los Gasparoni quienes te avisaron mi llegada, buscando a Fulton. Este, antes de morir, tuvo el acierto de... ¡Caramba, pues es verdad! Se me olvidó... ¿A qué no sabes quién está muy vivo, y nosotros, inocentes parvulillos, lo creíamos muerto?

Los ojos de Glamorgan se clavaban en la nuca del hombre sentado. Sonrió. La contracción del rostro por la sorpresa, repercutió en el grueso cuello de Kingland.

—Bueno, ¿y a qué decírtelo, si lo sabes mejor que yo? Vamos al grano, Kingland. La cosa es elemental, y hasta un niño de pecho lo comprendería. Tú me quisiste liquidar, y no pudo ser. Mala suerte,

sin rencor y tan amigos. Ahora bien, ¿crees que me gusta pegar a un tipo como tú, que tiene un pie en la celda? Es trabajo para mí y paliza tonta para ti. Te daré soba tras soba y me cansaré, y, al final, hablarás. Canta ya, y nos ahorramos molestias.

—Un pitillo —gruñó Kingland.

Glamorgan apagó él foco, y, a la vez, descorrió las cortinas. La luz de la tarde penetró. Tiró una caja de «Lucky» que estaba sobre la mesa.

Las manos esposadas de Kingland retardaron el encender. Aspiró con deleite.

—Tengo sed, Glamorgan.

—Y yo también. Seré tu camarero, después... Los Gasparoni te invitaron a liquidarme. Iba conmigo Carol Brunetti.

Chispearon los ojos de Kingland una fracción de segundo, al oír el apellido.

—Fulton era el contacto. Y Gino es el que manda la mercancía. Clarísimo. Anda, ahora vendrá el taquígrafo y firmarás la declaración.

—Yo qué voy a firmar, hombre. Te lo dices tú todo.

La diestra de Glamorgan arrancó el cigarrillo de un manotazo. Se encaminó a las cortinas, que corrió. Volvió a encender el foco y su primer golpe fué casi juguetón.

El canto de su diestra chocó a un lado del cuello de Kingland, que se encogió. Kingland gruñó:

—¡Déjame ya, piel roja! Hablaré lo que quieras, hombre.

—Escucha, piel sucia. Repite el truco y me estaré media hora saltando sobre tu pecho.

Pulsó un timbre, y, al abrirse la puerta, pidió:

—Cerveza fresca para dos. Y un taquígrafo para uno.

Descorrió de nuevo las cortinas, diciendo:

—Ya no trabajo más, Kingland. Si vuelves a hacerte el listo, te prometo un mes de enfermería. Dilo, hombre. ¿Soy un abusón, no? Pero antes te di la «untada» estando tú con dos asistentes. Tres y una botella.

Entraba un taquígrafo acompañado de un agente, que dejó dos jarros por cuyo borde la espuma caía. Se relamió Kingland.

—Primero sopla, y después bebe, Kingland.

Kingland, monótono, declaró como si recitara:

—Enzio Gasparoni me telefoneó a la una y media, diciéndome que debía conservar prisioneros a un pelirrojo y una morena que iban a llegar.

—Vuelve a empezar, Kingland. Hay un fallo. Tú me conoces, y el

botellazo no era para hacerme prisionero, sino para hacerme cisco. Si me das, reparten esquelas. O, sea, que vuelve a empezar.

—Enzio Gasparoni me telefoneó a la una y media diciendo que un pelirrojo, en quien reconocí al agente Glamorgan... iba a venir con una morena... en quien reconocí a Carol Brunetti. Vendrían preguntando por Jack Fulton y no convenía que hablaran con él, porque Jack Fulton era un embustero que inventaba líos.

—Saque en limpio hasta donde dice «preguntando por Jack Fulton». Deme una copa... Bebe, Kingland. Yo pago.

Con sus dos manos esposadas, bebió ávidamente Kingland. Glamorgan dijo al agente:

—La copia me basta firmada hasta donde era verdad. El resto, sacádselo vosotros. La cosa más o menos, es así: Este y los Gasparoni reparten droga que debía traer Fulton. Sacadle quién la mandaba y cómo. ¿Te sonríes, Kingland? No seas majadero, hombre. Di todo esto, y después, ante el juez, emplea el truco de siempre. Retrátate, aludiendo a la monumental paliza que te di. A mí me toca traer al que envía, la droga. Ya me has dado otra llave. Sin tu declaración... —y se la quitó cuando la hubo firmado trabajosamente— no podría interrogar hábilmente, a los Gasparoni. Adiós, Kingland.

Fuera, Glamorgan indicó a Carol:

—Volvemos a casa de los Gasparoni. Nos envía Kingland.

III

Carol Brunetti leyó la copia firmada por Kingland de su declaración. Manifestó:

—Fredo Gasparoni se verá y deseará para defenderse.

—Kingland insistió en que fue Enzo quien telefoneó. Enzo es el testaferro. Es decir, el que carga con la responsabilidad. Me como el sombrero si me equivoco, y Fredo no pone cara de pena cuando le enseñe esta declaración.

—¿Sabrán ya...?

—Seguro que ya hace tiempo que saben que Kingland falló. Y seguro que Enzo ha volado.

—Si lo sabía, ¿por qué lo ha dejado escapar?

—Es sencillo. La frontera, aeródromos y puertos, están vigilados discretamente. Enzo saldrá de los Estados Unidos... ¿hacia dónde? Esto es lo que he dicho se me comunique, apenas Enzo se instale fuera de los Estados. Porque Enzo es ahora el «contacto».

Llegaban ante el restaurante, y al entrar, apareció sonriente Fredo Gasparoni.

—¡Cuánto de bueno por esta su casa, amigos!

—Malas noticias, Fredo —dijo Glamorgan.

—¿Y pues?

—Fulton murió, y Kingland está esperando le presenten al juez.

—¿Y pues?

—Kingland ha declarado que Enzo le telefoneó... En fin, lea usted mismo.

Leyó el italiano, con grandes aspavientos. Después, comentó:

—Este Kingland es un mal sujeto. Miente más que habla.

—Eso dice él de Enzo. Y a propósito, ¿dónde está Enzo?

—¡Tulio! —llamó Fredo—. ¿Dónde está Enzo?

—Hace una hora se marchó.

—¿Y a dónde iba? —preguntó Fredo, como ansioso.

—Yo qué sé. Enzo siempre ha sido muy callado.

—Una virtud —sonrió Glamorgan—. Escuchen, hermanos Gasparoni. Ustedes saben que los del F. B. I. son desconfiadísimos. Les va a dar por vigilaros a los dos, interceptar vuestra línea telefónica, cartas, telegramas, ver con quién susurráis... En fin, yo no lo puedo evitar.

—Nadie está libre de sospechas, señor —dijo dignamente Fredo.

—El F. B. I. ha empezado a pensar que Fulton era el contacto que os traía drogas a vosotros y a Kingland.

—¡Cielo santo! ¡Calumnia pura!

—Eso dije yo, pero no me hicieron caso. Pero lo mejor para el final, como los postres. El F. B. I., siempre tan desconfiado, tiene la certeza de que vuestro jefe común es Gino Brunetti.

—¡*Oh, Madonna!* Un pobre muerto... Hay que respetar a los difuntos, señor Glamorgan. Permítame que se lo diga, porque tengo ya cincuenta años.



*Crujieron unos huesos y con la mandíbula abierta el
del cuchillo cayó...*

—Y no cumplirás cincuenta y uno, Fredo. También hay otro difunto. Aquí tienes a su viuda. Pero esto es aparte. Los dos quedáis advertidos. Seguid cocinando, ya que Enzo os sirve de testafarro. Cuando atrape a Enzo y a Gino, vendré por vosotros. Tráfico de drogas, catorce años. Hago una rebaja. Os prometo la mitad solamente, siete añitos, si cantáis de plano.

Los dos hermanos se miraron entre sí, como abrumados de pena. Kirk Glamorgan volvió a sonreír, y sus grises ojos brillaron

risueños.

—Eres un cerdo casi simpático, Fredo. Queda en pie mi oferta. Siete años a cambio del paradero de Gino Brunetti.

—Si yo supiera de qué me habla, señor Glamorgan... Nosotros somos meros cocineros. Y Kingland no puede mentir.

—Kingland se sabe también la lección, y nada dirá de vosotros ni de Gino. Sólo declaró lo que no podía negar. Y recordad, hermanos. Van a registrar hasta las toses que deis. Adiós, y hasta pronto.

Carol Brunetti no dijo una sola palabra. Apenas el «Buick» arrancó, Fredo Gasparoni musitó:

—Buen viaje, Kirk Glamorgan. Ya te pondrá Gino una corona de flores sobre la lápida.

—Pero ahora hemos perdido el negocio —apuntó Tulio—. Hemos de estar quietos.

—Gino sacará otro nuevo.

—¿Había droga en lo de Kingland?

—La última remesa estaba del todo liquidada. Y muerto Fulton, ahora Gino recogerá la que está de camino. ¡Maldito Glamorgan!

—Peor ella. Cuando Gino se entere por Enzo, mal fin ya a tener la traidora.

Entre tanto, Carol Brunetti, al ver que el coche enfilaba la Oaks Riverside, interrogó con la mirada al que conducía, que dijo:

—Me tomé la libertad de dar su número de teléfono, Carol. Allí nos comunicarán dónde anda Enzo. Y a usted no le vendrá mal un poco de hogar. Ahora, cogido Kingland, muerto Fulton y huido Enzo, los pececillos caerán. Pero a nosotros dos, nada nos queda por hacer en Augusta. Y por cierto, ahora no es preciso que usted siga la ruta. Ya no hace falta. Enzo va seguramente a reunirse con Gino y me conoce. No es, pues, necesario que venga, Carol.

—Como me dijo antes, yo le digo, Kirk. De una vez por todas, queda claro que llego hasta el final.

—No va a ser nada agradable.

—¿Lo fué al arrodillarme junto a la camilla donde «él» estaba destrozado, roto como un muñeco, después de rebotar por las rocas y...?

—Vamos, vamos. Hay que hablar de otra cosa

—¡No! Tengo aquella imagen clavada en todas mis fibras nerviosas. Él era bueno, tan diferente a usted... Bueno, quiero decir que era incapaz de la menor brutalidad.

—Si mi oficio fuera tener camiones de transporte, tampoco tendría necesidad de ser brutal. Bien, siga... si le apetece.

—No hemos llegado. ¿Por qué para aquí?

—El ABC del oficio del buen detective aplicado. Algún pececillo suelto puede esperar nuestra llegada. Usted quédese dentro del coche. A propósito, tome esta pistola. Es fácil. ¿Ve el agujero de la punta? Por ahí sale la chispa. Por aquí, se coge. No lo haga al revés. Y no apriete el gatillo, para probar si hace ruido. Lo hará sólo si alguien se le acerca y no le gusta a usted su aspecto.

Sonrió ella, menguada en los ojos negros la tristeza de la reciente evocación. Sostuvo dentro del manguito la pistola.

Alejábase por la cuneta, con las manos en los bolsillos del impermeable, Kirk Glamorgan, mirando a todos lados como un paseante aburrido.

Al llegar a la curva, volvióse hacia el coche y levantó una mano, haciendo señal de avanzar. Ella condujo lentamente, y al llegar a su altura, subió Kirk en el estribo.

—Podrían estar cerca de la casa. Detrás —sugirió Carol.

—No. He avisado que dos hombres del F. B. I. estén vigilando su casa. Es elemental. Hay algo que no me perdonaría nunca, Carol. En esta ruta salvaje si cae usted, mala suerte. Yo cumplí con pretender apartarla. Pero no me perdonaría nunca que cayera la peque. Y hay más. Si la peque estuviera en manos de Gino, usted, por no ver a ella correr un gran peligro, ¿sería capaz de todo, verdad?

—De todo.

—Eso es. ¡Hasta de quitarme a mí de en medio! No, no... sin reproche. Lo comprendo perfectamente, y por eso he querido evitarlo. El recurso melodramático del secuestro de bebés o tiernas doncellas, no es invención de folletinistas fatigados. Abunda mucho.

—Gracias, Kirk —dijo ella, suavemente, al detener el coche.

—¿De qué?

—Ahora estoy tranquila. Sé que mi Claretta está cuidada y fuera de peligro. Y también... Bueno, lo dijo en broma, ¿no?

—Yo sé que usted no me mataría, pero en cambio, presa Claretta no le repugnaría tanto meterme en cualquier cepo que tendiera Gino. No he sido madre, ni siquiera padre... Pero supongo que se les coge mucho cariño a los críos, cuando uno se acostumbra a oírlos berrear.

—Usted se hace el duro, y es cómo todos los hombres cabales. Un niño grande. Ande, entre, y le voy a preparar una merienda especial.

Fué una tarde agradable y sedante para Kirk Glamorgan. Descubrió lo increíble. Tenía dotes de atracción sobre los niños, por cuanto la arisca Claretta, a las nueve de la noche, dormía

reposadamente entre sus brazos, después de juegos de todas clases y preguntas constantes.

Carol recogió a su hija de brazos del agente, que empezaba a sentir hormigueos en ellos, para no cambiar de postura temiendo despertar a la durmiente.

Cuando ella bajaba de las escaleras, después de haber colocado en su cama a Claretta, el teléfono sonó.

Precipitóse Glamorgan, escuchando un largo instante, durante el cual tomó varias notas. Dijo, sencillamente:

—Bien. Avisa que allá voy, pero en el aeródromo que me tengan el pase especial. No lo llevo encima.

Colgó, volviendo a sentarse en el diván después de consultar su reloj de pulsera, del que estaba muy orgulloso, porque era una obra de arte: blindado, irrompible y sumergible. Era también despertador...

—Queda aun una hora para el próximo avión. Enzo ha aterrizado en La Habana, dirigiéndose a un amueblado del barrio de Vedado, número 7. Va solo y le vigilará, hasta mi llegada, un policía cubano adscrito al F. B. I. Un tal Cárdenas.

Hizo una pausa, y añadió:

—Lleve el traje de baño. Allí hace calor.

—Renuncio, Kirk. Lo he estado pensando toda la tarde.

—¡Magnífico! —exclamó, sinceramente contento, el agente—. Usted con la niña y a su periódico, Carol. Le prometo telegrafiarle su reportaje. ¡Celebro su buen sentido!

—Casi parece como si yo hubiera sido una pesada carga...

—No tanto, puesto que desvió con el grito el rifle. Pero atienda, Carol. En este camino, andar con una mujer, es doble camino. Y luego...

—Ya sé. Gino al final del camino. Mi hermano.

—Volveré pronto, Carol. Y traeré algún juguete cubano para la peque. Buenas noches, y felices sueños.

—Poco felices son desde hace más de un año, Kirk. Buena suerte, Kirk. ¡Que Dios le proteja!

—Siempre Él me atiende, porque voy del lado cristiano —repuso, seriamente, Glamorgan—. Un poco a lo San Pedro, que atizaba golpes con su espadón, pero me obligan los otros, que no son mancos.

Ella tendió las dos manos, impulsivamente, sonriendo entre lágrimas. Kirk Glamorgan acudió a su gran elocuencia ante una mujer llorando...

—Vamos, vamos. Que llevo impermeable, o si no me cala. Hay

que sonreírle a la vida, Carol. Es usted joven, preciosa y talentuda. Ya encontrará otro que... ¡Bueno, bueno, me voy, caramba! Echa fuego por los ojazos. Ande, una sonrisa para el viajero.

Sonriente, ella agitó la diestra. Kirk Glamorgan, en la calle, alargó el paso. Caminaba, mejor solo...

IV

El turismo norteamericano se vierte en grandes oleadas invasoras, bien recibidas, en Cuba. Raros son los que no hablen peor o mejor el inglés, sobre todo entre los dedicados a instruir al turista: chóferes de «taxi», porteros de hotel, camareros de cabaret y demás profesiones que aprecian la fácil prodigalidad con que el yanqui se desprende de sus dolares.

Cuando a media mañana, Kirk Glamorgan abandonó el aeródromo en el lujoso autocar, había dormido espléndidamente durante toda la travesía.

La luminosidad de La Habana y su barrio colonial, reposaban el ánimo, dando la sensación de que en aquel ambiente nada debía ser sombrío ni fríamente criminoso.

Pero pronto había de desengañarle el pintoresco inspector de la policía cubana, Hugo Cárdenas, adscrito al Departamento Exterior del F. B. I.

Apenas descendió del autocar, en su parada final ante las puertas de la gran agencia de viajes, un golfillo que llevaba un paquete de periódicos bajo el brazo, voceándolos chillón, cesó en su griterío, para acercarse a Glamorgan.

—Usted, yanqui pelirrojo, ser caballero debe ir a las once y media café «Bohío». Dar propina a José. José ser yo —dijo, solemnemente, tocándose el pecho.

Glamorgan tiró unas monedas y el rapazuelo las recogió diestramente a zarpazos. Eran las once y diez.

Llamó Glamorgan un *taxi* que desfilaba lentamente, conducido por un soñoliento chofer.

—Café «Bohío» —indicó Glamorgan.

—Ya mismito, patrón.

A las once y veintidós, el «taxi» se detenía en una gran avenida muy arbolada en sus aceras. El chofer había descrito numerosas vueltas innecesarias, con olfato profesional. Un turista que venía por vez primera a La Habana.

Parecía prodigioso que pudiera uno sentarse con traje de dril blanco en una terraza, a tomar refrescos, cuando allá en el Maine, la gente tiritaba bajo los abrigos.

Kirk Glamorgan se instaló en la terraza. El pillete José no podía

ser un cómplice de Gino. Era pronto para que supiera Enzo Gasparoni que estaba siguiéndole.

Pero no por ello descuidó Glamorgan sus naturales reflejos siempre alerta. Y había algo en aquella terraza qué no estaba acorde con la normal actitud de gente que toma un refresco en calmoso estado de ánimo.

Habría escasamente cinco personas... Las contó, desde donde estaba al fondo, contra la pared de piedra negra. A un lado, dos individuos un poco separados, y al otro, tres más avanzados.

Los cinco se sentaban aisladamente. Vestían dril blanco, tenían rostros ateizados por el sol y negro el cabello, bajo el amplio sombrero panamá.

Pero no leían el periódico ni saboreaban ninguna consumición. Y lo más extraño era que ningún camarero asomaba.

Glamorgan miró hacia atrás, por la vidriera. Vió dos camareros, que cuchicheando entre sí, manifestaban bien a las claras que no deseaban abandonar la protección del interior.

Y súbitamente, Kirk Glamorgan tuvo una certeza. Aquellos cinco individuos esperaban a alguien, y no con intenciones benévolas. Y ese «alguien» no era él, por cuanto les había dado tiempo suficiente desde que bajó del «taxi» y atravesó la terraza, para ser un magnífico blanco de tiro.

Porque las diestras de aquellos individuos tenían un gesto común. Bajo la americana parecían apoyarse en el estómago.

Glamorgan empezó a interesarse en su observación. Aquellos estómagos sobresalían demasiado, sobre todo en uno, que, siendo flaquísimo, ostentaba una prominencia excesiva.

El que estaba más cerca de Glamorgan, le miró con cierta curiosidad. Por las aceras desfilaba gente normalmente.

El que miró a Glamorgan era un sujeto típicamente mestizo. Grandes ojos saltones, mostacho cayendo a ambos lados de la gruesa boca, tez azafranada y corpulento.

Habló en inglés bastante correcto:

—Si quiere «tomar» vaya dentro, yanqui.

Los otros cuatro no volvieron las cabezas. Seguían contemplando la ancha avenida, al frente, porque a ambos lados de la terraza había una protectora hilera de arbustos metidos en medios barriles.

—El aire es más puro aquí fuera —objetó, amablemente, Glamorgan.

El mestizo sonrió, sin la menor amabilidad. Arrugó las cejas...

—Mejor se meta dentro, compadre. Soy Curro Saldaña.

Anunció sus dos nombres con orgullo, como si pronunciara dos

palabras sacramentales, definitivas.

El agente inclinó levemente la cabeza, replicando:

—Tanto gusto. ¿Y qué?

Curro Saldada pestañeó. Después, pareció comprender:

—Ya veo. Usted es nuevo aquí. Tómelo a buenas, yanqui. Lárguese lejos, porque a no tardar, habrá fogata, y un plomo le puede quemar la piel. Mejor se vaya, yanqui.

—Gracias, Saldaña. Me encantan los fuegos artificiales.

Curro Saldaña ladeó la cabeza. Por un instante, semejó un perrazo olfateando algo. Gruñó:

—No. Usted no es de los «otros». Ande, compadre, no se demore. Que va de verás y en serio. Está mal situado, y no me gusta que cuando yo le voy a ajustar los bombachos a un cochino traidor, algún plomo extraviado termine con un papanatas.

—Seguro que el papanatas soy yo. Nací así.

—¡Púdrase! —sentenció Curro Saldaña—. Yo le avisé. Y cuidado con lo que se hace. Si empieza el jaleo y usted resulta de los «otros», le tumbo.

Calló, porque los otros cuatro, se pusieron tensos al oír el rumor creciente de un motor acercándose y que freno, aun invisible por la hilera izquierda de arbolitos.

Apareció sólo el motor de un automóvil, que se detuvo. Se oyó una portezuela chocando al volver a cerrarse, y unos pasos...

Curro Saldaña y los otros cuatro adoptaron una postura muy conocida de Glamorgan. La del hombre que va a disparar, y, a la vez, prepara sus piernas para moverse según la reacción del que llega.

Y el que apareció era un extraño sujeto. Menudo, flaco, con rostro caballuno, donde sobresalían los ojos húmedos, tristes.

Parecía el más inofensivo de los elementos humanos. Y, sin embargo, apenas Curro Saldaña le vió, sobresaltóse, y, al igual que los otros cuatro, trató de aparentar la actitud de un pacífico ciudadano que toma el sol en grato reposo bien ganado.

Los cuatro se levantaron para ir a sentarse en la misma mesa que Curro Saldaña, el cual chocó vigorosamente sus manos, clamando:

—¡Maldito cafetero! ¡Se sirve o no se sirve en esta pocilga!

El recién llegado avanzó a pasos cortos. Vió a Glamorgan, pero se dirigió rectamente a la mesa ocupada por los cinco sujetos.

Curro Saldaña sonrió muy cordialmente:

—Dichosos los ojos, comisario Cárdenas.... Alegra, siempre alegra ver a un gran valiente. Allá por los Cayos siempre decimos, que el comisario Cárdenas es el más machote de los cubanitos.

El comisario Hugo Cárdenas parecía la viva imagen de la melancolía. Pero toda el hampa cubana, aparte de tenerle un respeto considerable, le calificaba de «bromista». Un bromista algo fúnebre, que poseía un valor temerario, como si buscara constantemente suicidarse.

Curro Saldaña se puso en pie para ofrecer una silla al comisario. Los dos camareros hasta entonces invisibles, surgieron apresurados al ver que el comisario se sentaba, a una distancia de tres pasos de Glamorgan.

—El mejor ron, gaznápiros —encargó Saldaña—. ¡Pronto, lagartos! ¿Y pues, mi comisario, tomando el airecillo mañanero?

—Puede que sí, puede que no —dijo Cárdenas.

Su voz era cavernosa, enorme en comparación con su cuerpecillo.

Rieron los cinco como si oyeran un chiste. Un camarero dejó sobre la mesa una garrafita de ron y seis jarritos.

Entonces pareció reparar en Glamorgan que pidió también ron, con la sana intención de no beberlo.

El comisario chasqueó la lengua después de beber, y dijo como si estuviera profundamente apenado:

—Mejor que volváis a los Cayos. Compréndelo, Curro. Alla le podéis ajustar las cuentas al que te jugó una mala pasada. Aquí, no. Lo estabais esperando aquí, donde suele venir hacia esta hora. Pero me vió llegar y se fué. Escucha, Curro. ¿Me he metido yo alguna vez en los negocios que allá en los Cayos os lleváis?

—Cierto que no, mi comisario —exclamó Saldada, dando una vigorosa cabezada que los otros cuatro imitaron.

—Entonces, si yo no me meto en los Cayos, ¿por qué te metes tú en mis terrenos? Compréndelo, Curro. No está bien, ¿te das cuenta?

—Pues... ¡Caray! Puesto así, suena como si tuviera usted toda la razón.

—La tengo. Daos hoy un buen día y una mejor noche, sin fogatas. Y mañana volved a los Cayos. Allí lo arreglaréis. Bueno, y ahora, mis muy apreciados canallitas, os podéis ir. No, no, Curro... Pago yo. ¿No te dije que estoy en mi terreno?

—Pues... ¡caray! cierto que sí —convino Saldaña, levantándose, imitado por los otros cuatro.

Se tocó el borde del panamá en saludo respetuoso.

—A más ver, mi comisario. Bueno... y gracias por el ron. Adiosito.

—Adiosito —dijeron los otros cuatro.

Se fueron en una forma que veíase era habitual. Dos delante,

casi juntos los codos. Detrás, Curro Saldaña, y a sus espaldas, los otros dos, también codeándose.

Cárdenas cogió la garrafito de ron y vino a sentarse al lado de Kirk Glamorgan. Se llevó la diestra al borde de su blanco sombrero de paja, y en inglés, expuso:

—José le dió la cita. Muy identificable, señor Glamorgan. Este cabello y los claros ojos, le venden a usted. Soy el comisario Huero Cárdenas. Su hombre no ha salido aun del amueblado. Le están vigilando dos buenos especialistas de mi plantilla. No se ofenda si le pido ver su credencial especial.

Kirk Clamorean colocó sobre la mesa el carnet solicitado, que Cárdenas inspeccionó sin tocarlo, inclinándose, a la vez que aplicaba los labios en el jarrito de ron.

—A las doce y media, mis dos especialistas, terminan su turno. Desde que Enzo Gasparoni llegó, ha hecho las siguientes cosas, que le citaré por orden cronológico: pedir habitación con baño, cena y desayuno, que pagó adelantado. Se bañó, cenó y puso la radio. Se acostó. A las ocho, esta mañana, desayunó, sin bañarse. Puso la radio. Leyó periódicos. A las nueve y dos minutos, cogió el teléfono. Llamó a Antonia «la Morucha». La saludó, y ella le insultó porque la había despertado en plena madrugada.

—¿Plena madrugada, las nueve y dos?

—«La Morucha» se acuesta hacia las cinco. Es la dueña del cafetín «Escuadra». Enzo le dijo que le preparara un almuerzo bien condimentado. Ella afirmó que le daría pimienta con pólvora. Y quedaron citados para las dos y media. Colgó Enzo. Puso la radio y mandó a que le cambiaran mil dolares en pesos. Aquí la moneda americana tiene curso, pero, por lo visto. Enzo prefiere no llamar la atención con sus dolares. Si en mi ausencia sale, será seguido. Ahora, señor Glamorgan, le agradeceré me indique qué debo hacer.

—Lo ha hecho ya todo y bien, comisario. Por ahora preferiría que Enzo no me viera. También él conoce mi cabello.

—Pueden seguirle otros dos especialistas a partir de las doce y media hasta las ocho de la noche.

—Antonia «la Morucha»... ¿Qué es esto?

—La apodan así porque tiene ojazos, cabello y cuerpo muy agresivos. Regenta un cafetín de marineros.

—¿Contrabandea?

Hugo Cárdenas rodó los ojos en una mueca que podía ser resignación o compasiva lamentación ante la ignorancia de su interlocutor.

—De cada cien cubanos, ochenta contrabandean y los otros

veinte les ayudan. En muy diversas escalas, naturalmente. Antonia está muy bien situada para el contrabando, pero no toca nada. Es decir, no hace más que servir de albergue a los que negocian.

—¿Tiene idea del por qué apenas huido de los Estados, Enzo se cita con Antonia?

—Posiblemente, quiere verse con alguien. Alguien cuyo domicilio sepa Antonia. Tal vez se forme un mal concepto de la policía cubana, señor Glamorgan, pero yo no puedo hacer que sea oído lo que Antonia y Enzo van a hablar.

—No pido milagros, comisario. A mí sólo me interesa saber los pasos de Enzo, para seguirlos.

—Enzo no tiene ficha de culpable en Cuba. Y no tome a mal que le diga que usted asume toda la responsabilidad en su persecución.

—Ya sé que tengo que operar casi de contrabando. No tengo orden de extradición. ¿Ha oído hablar de un tal Gino?

—Gino... Habrá aproximadamente unos doscientos Ginos repartidos por los Cayos. ¿Gino, qué más?

—Brunetti.

—No. Conozco un Gino Malzio, un Gino Ferri, un Gino Fabrizi...

—Apartándome de mi tema, le diré que si no hablo el español, lo entiendo. Estuve algunas temporadas en Méjico. Curro Saldaña me avisó amistosamente que me apartase, porque iba a fogear a alguien. Y llegó usted.

—Tuvo mala suerte Curro. Es un gran muchacho, un buen sujeto. Estaba esperando a Gustavo Moreno para freírlo. Oiga, no me tome por un inmoral. No, señor. Lo que pasa es que, si los lobos se devoran entre sí, salimos ganando los corderos.

—Y por esto aconsejó a Curro que fuera a los Cayos. ¿Qué sucede en los Cayos?

—Usted sólo conocerá Kay West, que es americano y civilizado. Pero desde Kay West hasta La Habana, hay una serie de islotes, algunos unidos por tren, que son una cadena de infiernos. Aunque estemos en 1950, siguen habiendo piratas, y no solamente en China. Los Cayos pequeños, son tierra de ellos. La policía les deja allá, que se las arreglen en sus manejos. Muchos fugitivos de otras naciones, viven en los Cayos. Hay alemanes, suecos, españoles, norteamericanos... No nos interesan sus vidas, mientras no vengan a la Isla Grande, esta.

—Tal vez el hombre que yo busco está en algún Cayo.

—Casi seguro, si acostumbra a vivir de negocio sucio.

—Drogas, principalmente.

—Entonces, no hay duda. Está en algún Cayo, y... lo siento por usted.

—¿Por qué?

—Un policía en los Cayos, es como un león caído en una fosa de cocodrilos. Hace tiempo que el gobierno cubano decidió que era mejor dejar que en los Cayos pequeños se refugiaran los maleantes, para sanear así la Isla Grande. Para los turistas, el aviso es claro. Si quieren visitar los Cayos pequeños, allá con su responsabilidad. Nosotros, nos lavamos las manos. Claro... existe una posibilidad. Muy gastada, pero puede usted intentarla.

—¿Cuál?

—Hágase amigo de Curro, que mañana volverá a los Cayos. Estuvieron atisbando al irse, y me vieron sentarle aquí, y pedirle papeles. Pensarán que es usted un evadido de los Estados. Es decir, casi un colega de ellos.

—Creo que si es preciso ir a esos tan temibles Cayos, podré ir solo. No es jactancia, comisario, pero estoy habituado a meterme en sitios peores.

—Puede que sí, puede que no. Son las doce y cinco. Tengo tiempo hasta las doce y media. ¿Quiere saber algo más?

—¿Por qué Saldaña quería acribillar a Gustavo Moreno?

—Hay bastante tráfico de armas para surtir a las Repúblicas del Centro, que gozan mucho organizando pequeñas revoluciones. Curro Saldaña tenía un buen alijo de fusiles viejos, cartuchos mojados y pistolas encasquilladas. Gustavo Moreno prometió un precio alto. Saldaña le entregó el alijo, y Moreno no paga. Es decir, ha fallado al trato verbal, que en los Cayos sigue siendo aun la palabra de honor de la gente que sólo tiene este honor. Moreno volverá a los Cayos, porque aquel ambiente tiene un no sé qué algo especial, que hace que todos los que allá se refugian, le cojan apego. Y tiene también sus compadres. El resultado es a plazo próximo, muy satisfactorio: cinco o seis perdidos, hacia un mundo mejor. Saneamiento de las costas cubanas. Preferiría que ganase la partida Curro, porque es un buen chico. Ha matado a muchos, pero siempre, con sus razones hombrunas, nunca como asesino. Y le gusta jugarse el bigote. Hubiera sido un gran pirata de los simpáticos. En cambio, Gustavo Moreno es una sabandija.

—¿Y Antonia «la Morucha», podría ser un enlace de banda traficando en drogas?

—No. Ni hablar. Antonia tiene camareras muy guapas, buenos licores y mesas de juego. Allá se reúnen los que vienen a gastarse dinero. Marineros en escala, gente de los Cayos. Y ella es una

enciclopedia informativa para los que buscan a alguien. Pero no informa a la policía.

—¿Me reconocería a mí como policía?

—Depende por dónde se le mire a usted, señor Glamorgan. Puede que le tomen por un pistolero evadido, puede que le tomen por un turista, pero si le toman por policía, y yanqui por añadidura, lamentaría su breve estancia en nuestra isla. Además, usted no tiene «eco».

—¿Eso qué es?

—Lllaman los hampones de por esta tierra, «eco» al hecho que da clase a uno de ellos. Lo que sirve para ser fichados en las comisarías. Un buen robo, cuatro balazos bien dados, un atraco... En fin, una hazaña de este tipo. Indudablemente, si usted tuviera «eco», podría estar como en su casa en el cafetín de Antonia y pasearse por los Cayos pequeños como por un jardín. Un jardín algo espinoso.

—Puede que encuentre un «eco» sonoro. ¿Hay inconveniente en que me describa usted a Gustavo Moreno?

—Ninguno, ahora. Muchos, después, si usted busca lo que pienso.

—Hacerme amigo de Curro.

—Pero si para ello le mete usted plomo a Gustavo Moreno, aquí, en mi terreno, por más colega que sea, señor Glamorgan, le tendré que invitar a regresar a su tierra. ¿Me entiende? Es como si yo fuera a pegar tiros en su terreno.

—Perfectamente. Trataré de no invadir terreno suyo, comisario. ¿Dónde puede andar Gustavo Moreno?

—Sabiendo que está aquí Curro, dé por seguro que Gustavo ha regresado a su guarida en los pequeños Cayos.

—¿Y dónde estará ahora Curro?

—En cualquier cafetín del Malecón. Empieza a beber ron y hacia las cinco de la tarde, está muy «caliente», lo cual quiere decir que es peligroso llevarle la contraria.

—Eso es lo que intentaré, porque me apuesto cien a uno, que el hombre que yo busco está en los dichosos Cayos pequeños. Y me interesa ganarme la amistad y el respeto de Curro. ¿Cómo? Usted dijo que es pirata del tipo machote. Trataré de ganármelo. Me vió aquí, ¿no? Puedo decirle que yo también aguardaba a Moreno, y que mi asunto pendiente es anterior.

—No va mal. En fin, señor Glamorgan, buena suerte. Me parece que usted es de los que llegan adonde se proponen. Pero... no conoce los Cayos. No hay sitio más salvaje en el mundo entero

Se levantó Cárdenas, añadiendo:

—A las ocho en punto de esta noche, aquí mismo, sabrá todos los pasos que ha dado Enzo. Después... usted es el que trabajará.

Cárdenas saludó ceremoniosamente, y su menuda figura se alejó. Unos instantes permaneció Glamorgan pensando. Había tratado tipos de «bandido generoso», como lo era, al parecer, Curro Saldaña. Era arriesgado su plan en los primeros minutos.

Después, podía muy bien decir que si acertaba tendría en Curro Saldaña el mejor «eco», o tarjeta de entrada a los Cayos pequeños, porque era indudable que estos islotes salvajes eran los elegidos por Gino Brunetti.

No quería ser visto por Enzo Gasparoni. Preguntó al camarero si el cafetín «Escuadra» de Antonia «la Morucha», estaba en el Malecón.

El camarero replicó:

—Yo hablo perfecto inglés. No estar «Escuadra» en Malecón. ¡Oh, no! Estar lado opuesto Barrio Viejo español. Malecón sólo cafetines baratos.

Glamorgan se dirigió hacia, la gran calle mirando al puerto, que era la llamada Malecón, donde alternando con toda clase de tiendas para clientela marinera, había numerosos tugurios también destinados a ellos.

Fué yendo de mostrador en mostrador, empezando por la izquierda. Pedía ron, pero no lo bebía. Eran las tres de la tarde, cuando entró en el penúltimo tugurio de la larguísima calle.

Y la carcajada le orientó al fondo, hacia un compartimiento lateral, cerrado por una cortinilla de junquillos. Sólo Curro Saldaña podía reír de aquel modo desaforado, alegremente bestial y primitivo.

Acodado al mostrador, Glamorgan pidió el ron número cuarenta y seis. Fué el primero que bebió, porque sabía que a través de la cortina de junquillos estaba siendo espiado.

Lo bebió como los habituados. Tomó primero el caramelo azucarado del platillo, y se lo colocó entre los dientes.

Después echó la cabeza hacia atrás, y de un solo golpe de muñeca vació en su garganta el quemante líquido. Le supo a colonia puesta a calentar, pero estaba dispuesto a aquel pequeño sacrificio, para penetrar en la hermandad de los Cayos.

Masticó el caramelo, y entonces fingió detallar a los que estaban por la sala.

Tras la cortina de junquillos, Curro Saldaña y sus cuatro compadres, terminaban de almorzar copiosamente.

Curro Saldaba se hurgó los incisivos con la larga uña de su meñique izquierdo. Los otros cuatro aguardaban, silenciosamente, el resultado de aquel gesto de profunda reflexión.

Pon fin, Curro Saldaña manifestó:

—Me gustaría saber si me pisa las espuelas el de la cresta roja. Estaba en el «Bohío». Y Cárdenas le pidió la ficha. Ahora está aquí y busca a alguien.

—Acá viene, patrón.

—¡Cuánto bueno! ¡A ver cómo cacarea «Cresta Roja».

V

Kirk Glamorgan, delante de la cortina de junquillos, repicó con la palma abierta en el madero del dintel.

Curro Saldaña se acarició los mostachos y en inglés, dijo:

—Entre, Mr. «Cresta Roja».

Kirk Glamorgan apartó los flecos. La mesa era larga y capaz para seis comensales. Se tocó el borde del sombrero fieltro.

—Me harías muy feliz, Curro, si me dieras un «mano a mano».

—De por Méjico cogiste la frasecita, «Cresta Roja». Yo te doy a ti todos los manos a manos que quieras. ¿Oísteis, compadres? De los seis, sobran cuatro. Id a tomar café, copa y rollo. Volver dentro de media hora. Es bastante para hablar lo que sea. Vamos, vamos ya, compadres.

Los otros cuatro se levantaron, recogieron sus sombreros, unos palillos y fueron abandonando el compartimiento. Curro Saldaña señaló un asiento frente a él.

—¿Y qué se te ofrece, «Cresta Roja»?

—Se puede beber, si de frente vengo, ¿no?

—¡Seguro! ¿Qué tomas?

—Lo que me des.

Escanció en un jarrito el cubano mestizo, un líquido oscuro de una botella enfundada en paja. Advirtió:

—Es caña fuerte. De los Cayos pequeños.

—Nunca la bebí, pero bueno es acostumbrarse.

Bebió Glamorgan un sorbo y al instante, le pareció que el paladar, los labios y la garganta se le convertían en hojalata. Parpadeó, dejando de nuevo el jarrito, y dijo:

—No es desprecio, Curro, pero esto es aguarrás.

—Valiente es el mozo, que sabe no fingir. Otro necio hubiera bebido. Tú vas de frente. ¿Qué pasa, «Cresta Roja»?

—Me llamo Kirk Glamorgan y sigo un camino. Tengo cuenta con tres caimanes. El primero, cuando estaba yo a punto de darle lo suyo, me lo has espantado tú.

—No te veo.

—Me viste.

—¡Ah! ¿Tú estabas en la terraza del «Bohío», esperando a alguien?

—Al mal pagador de Gustavo.

—¿Cuál Gustavo?

—Dije mal pagador. ¿No basta? Y vengo desde lejos para darme el gustazo de hacerle rápitas. ¿Por qué te metes tú de por medio?

Curro Saldaña sonrió como un gato acechando un ratón. Después emitió una risita aguda, que fué convirtiéndose en carcajada homérica, que agitó sus mostachos. Y de pronto, se puso serio, bruscamente, más saltones sus ojos.

—¿De qué me conoces tú, «Cresta Roja»?

—De ahora. Fuiste tan oportuno, que no sólo me ahuyentaste al caimán, sino que me echaste encima a Cárdenas. Si a ti te perjudicó Gustavo en herramientas viejas, a mí me limpió antes. Soy pues, el primero, y no te toca a ti cruzarte en mi camino.

—Hablar como hablar, te haces entender. Pero pasa algo. A mí el que me habla así, se tiene que ajustar los bombachos. Te la has jugado, valiente. ¿Tú que usas, además de la lengüaza?

—Según para quién sea. Para los caimanes, pistola. Para los leones, zarpas.

Y Glamorgan mostró las dos manos. El cubano las miró, y después mostró las suyas, anchas como picadores.

—Desde que entraste aquí, me dije que eras bronce. Buscarle las cosquillas a Curro Saldaba, es tener valor o ignorancia.

—Es valor. Ya me dijo Cárdenas que calzabas buenos puntos. Yo no tengo prisa ni ansia por romperte la cara, Curro.

—¡Ay, Dios, ay, Dios! —exclamó el cubano, empezando a reír desaforadamente, hasta que lágrimas le cayeron por las oscuras mejillas.

Kirk Glamorgan, íntimamente, estaba satisfecho. Iba bien.

—No, está mal, yanqui —comentó, entrecortadamente, Saldaña, cuando cesó de reír—. Has venido a perdonarme la vida ¡a mí!

—He venido a decirte que estás metido en mi camino, y que tengo un derecho mejor, porque Gustavo me limpió antes. Como me figuré que te pondrías agrio, he preferido decirte que si he de morir peleando a gusto, no me duele. Eso es lo que digo. Más claro... Por ahora, aparte tu imprudencia, nada me has hecho. Por eso, añadido que no tengo prisa por darte duro.

—Rajón no eres, no que no. Escucha, «Cresta Subida». Hasta la noche, más vale descansar. Después de la cena, ¿dónde me buscas?

—Donde quieras.

—Un sitio tranquilo, donde te pueda yo cortar la cresta. Un sitio donde si has de cenar por última vez, lo harás bien. Y no hay mejor sitio que «lo de» la Antonia. ¿Qué te parece, melenas?

—Allá iré, a tu hora final. Márcala.

—Las nueve mismas. No hay mucho gentío, y podrá Antonia darnos un buen campo. No me falles, matón.

—No te fallaré, Curro. Y ahora, levanto el sitio. Tal vez pueda dar con Gustavo.

—Vas solo, y andas bien, pero Gustavo lleva cinco con él. Te lo digo, porque me molestaría que a las nueve no acudieras.

—Vendré.

Salió Kirk Glamorgan. Tenía ya entrada libre en el cafetín «Escuadra», y posible acceso a los Cayos pequeños.

Se encaminó hacia una parada de coches de punto, subiendo en el anticuado armatoste. El cochero sacó el látigo, y volviéndose en el pescante, pidió:

—¿Dónde llevo al caballero?

—Hasta las ocho, paseando por las afueras. Mucho paisaje bonito.

—Mucho, mucho. Serán diez dólares, caballero.

—Pocos son, y mucho los necesita tu caballo. ¡Dale, cochero!

Se repantigó en el interior del carruaje. A las ocho en punto, se apeó del coche, para telefonar al café «Bohío», preguntando por el comisario Cárdenas.

Prefería no ser visto allí. Preguntó a Hugo Cárdenas si había inconveniente en que se vieran donde estaba, dando las señas de aquel bar elegante de las afueras. Asintió Cárdenas.

Pagó al cochero, y aguardó en la terraza, bajo la glorieta propicia para la entrevista.

Llegó Cárdenas, saludó, sonrió al ver el jarrito de ron que ya había pedido Glamorgan para él, y bebió goloso. Después dijo:

—Enzio Gasparoni estuvo almorzando con Antonia. A las seis y diez, salía del cafetín, cogió un «taxi», regresó al amueblado a recoger su equipaje, un maletín, y el mismo «taxi» le llevó al muelle Oeste. Tiene el camarote doce de la goleta «Baracoa», que ha zarpado a las siete en punto, rumbo a los «Crakers». La goleta «Baracoa» es como un correílo, y sus escalas son las mismas. De La Habana a Limón, el primer puerto de los «Crakers», y de Limón a Key Friends, y vuelta a La Habana, por el arco de las Diez Mil, con otras dos escalas, Las Perlas y Puerto Palos.

Kirk Glamorgan había ido tomando nota taquigráfica. Cerró la libreta, insertando el extraño lápiz en el ojal de la misma libreta, y comentó:

—Es sencillísimo. Enzio Gasparoni va a reunirse con el otro que busco en un punto muy evidente, en cualquier rincón comprendido

en el círculo de unas diez mil islas.

—Bien. Hay algo de exageración. Las llaman Diez Mil, pero sumarán unas trescientas islas.

—En cuatro horas de paseo, me he documentado sobre los pequeños Cayos. Es interesantísimo. Ya le daré mi opinión, cuando regrese a La Habana, comisario.

—Lo celebraré. ¿Algo más, señor Glamorgan?

—Felices Pascuas —rió el federal.

A las nueve en punto, Kirk Glamorgan empujaba los dos batientes que servían de entrada a un local, donde todo el decorado era marinero. Lámparas fingiendo timones, linternas azules, áncoras, redes por las paredes, un tablado al fondo, con un cortinaje de gaviotas pintadas sobre olas, y numerosas mesitas con escabeles.

Habría unos veinte parroquianos, cenando, servidos por muchachas vestidas con escasa ropa. El mostrador era rutilante en espejos y luces. Junto a la barra, había algo parecido a un trono, y en aquel sillón se sentaba una mujer esplendorosamente llamativa.

Y más llamativa, porque al contrario de las camareras, vestía casi como una puritana. Un cuello cerrado bajo el mentón, terminaba el largo vestido, casi túnica griega, que le llegaba hasta los pies, calzados con sandalias rojas.

Un cinto de cordezuela estrechaba el talle, y sólo aquel leve adorno, ponía en evidencia el hermoso busto de Antonia «la Morucha».

Presidía desde su trono, de donde cuando descendía, era seguida por codiciosas miradas, como lo fué ahora al aproximarse al pelirrojo.

Le miró de arriba abajo, interceptándole el paso. Y habló en un inglés muy ejercitado:

—Mi buen amigo Saldaña te espera, yanqui. Beberé con los dos mi mejor champaña, si es que sabes lo que es champaña.

—Chispas aguadas, comparadas con las que despidas.

—Y con las que te esperan —sonrió ella—. Sígueme, bravucón.

Escaleras arriba, Kirk Glamorgan comprobó que el hábito de la dueña, era una trampa modisteril. Casi vestían más las camareras...

En un largo pasillo, a su fondo, abrió Antonia una puerta, y entró. Era una sala amplia, semejante a cámara de buque.

Curro Saldaña, solo, sin americana ni sombrero, se abanicaba con un plano objeto de marfil. No miró siquiera al recién llegado.

Antonia sacó de un armario un cubo donde sobresalía el capuchón dorado de una botella. Levantándose del sofá, Saldaña extrajo del armario tres copas, que colocó sobre la mesita donde se

apoyaba, sentada a medias, la dueña.

—Este es el yanqui gracioso, Toña —dijo Saldaña, descorchando la botella, cuyo taponazo resonó amplio, y al instante, burbujeó la espuma en las tres copas—. Dile lo que me dijiste.

Ella bebió antes de contestar:

—Quería verte, yanqui. Y te he visto.

—¿Y bien? —apremió Saldaña.

—Es de bronce, Curriyo. No me hace falta leer en la arena que él sople ni mirarle las rayas de la mano. Por mi Granada de niña, y por mis años de manigua, yo he leído en el yanqui, Curriyo. Sigue un camino muy peligroso. Ha matado sin maldad, y ha pasado hondos abismos. Le da igual morir, que beber champaña. Es como tú, Curriyo. Y sois muy hombres para hacer lo que os venga en gana. Esta sala, cuando yo salga, puede ser tumba de uno o de los dos. Y mientras, Gustavo seguirá vivo. Mejor sería que dejarais para luego lo vuestro.

—Entonces, ¿le das la razón, Toña? Me appena oírte, Toña. Vino a retarme, y le das la razón.

Intervino Glamorgan:

—Ella no da la razón a ninguno, Saldaña. Tiene pupila, y piensa que si hemos de matarnos, no hay prisa. Queda en pie nuestra palabra. Pero antes, hay otros tres que piden turno. Tres que son caimanes, y no leones. Cuando acabe con ellos, vengo aquí, tomamos otra copa de chispas, y tú me dices por dónde empezamos.

—¿Y quiénes son estos tres? —preguntó ella.

—El primero Gustavo Moreno, y ya lo sabes. Los otros dos, me los sé yo. No es descortesía, Toña...

—¡Caray! El mozo contestó bien, Toña. Y va solo, cosa linda por aquí. Por mí, hecho. El que primero encuentre a Gustavo, suyo. ¿Y sabes por dónde anda?

—Metido en las Diez Mil.

—¿Y con quién vas a ir allá?

—Conmigo mismo, que es compañía que no me falla.

Antonia «la Moracha», de cuna granadina, miró despaciosamente al agente. Llenó otra vez las copas...

—¿Cuántos viajes has hecho a las Diez Mil, yanqui?

—Cuando vuelva, ya tendré un viaje hecho.

—La cosa está clara, Curriyo. Si va solo, te lo matan... ¿No es tuyo? ¿No tenéis riña pendiente? Escucha, yanqui... Ir con Curro a las Diez Mil, es ir bien acompañado. Él va allí; ¿por qué no vas con él?

Kirk Glamorgan fingió meditar, y al fin declaró:

—Yo no tengo negocio en vista. Yo sólo voy a buscar dos hombres. Yo no puedo darle parte en ningún negocio, porque sólo voy a por dos caimanes.

—Puedes buscarlos, y a lo mejor, Curriyo te da parte en algún negocio si por el camino se presenta. Os voy a decir por qué me meto en todo esto. Tú, Curro, eres un animal sano, y esto no abunda por los Cayos. Y tú, yanqui, si hay vueltas obscuras en tu camino, eres limpio porque vas de frente a tu meta. Yo sé que en nada perjudicarás a Curro, hasta que volváis aquí y, de frente, os deis el gusto de ver quién puede más. Haced el camino juntos. Y ahora, aquí os quedáis. Me vuelvo a lo mío.

Salió ella, seguida con ojos brillantes por el mestizo, el cual, apenas cerrada la puerta, dijo:

—Brava hembra. Me mataría por un beso suyo. Donde la ves, sigue esperando su hombre. ¿Tú qué dices, «Cresta Roja»?

—Que me llamo Kirk, que no tengo prisa por pelear contigo, y que vaya donde vaya, si me separo al llegar, puedes andar tranquilo, y si necesitas que te eche una mano, cuenta con las dos. Yo sé que no eres de los que juegan sucio.

—Juego como me envidan. Recuérдалo, Kirk. ¿Cuál es tu primer puerto?

—Key Friends, sin hacer escala en Limón. Tengo cincuenta dolares para dar al barquero que me lleve lo más aprisa posible a Key Friends.

—Dame —y tendió el cubano la ancha diestra.

Kirk Glamorgan sacó del bolsillo un rollo de dolares, del que desprendió cinco billetes de diez, que Saldaña metió en una rendija de su ancho cinto de cuero.

—A lo mejor, no sabes que tengo yo goleta. Se llama «La Perfecta», porque es fiel esposa, y muda.

—Si los cincuenta me dan derecho a preguntar, me agradecería saber a qué hora largas velas hacia Key Friends.

—Tú tendrás prisa por terminar, y yo la tengo por volver aquí. Ya hay algo más entre tú y yo. Toña te ha mirado en forma rara, y se ha tomado la pena de hablar por ti. ¡Caray!... Bueno sería que vinieras tú a provocarme y encima me ganaras los pasos. Toña, por ahora, de nadie que yo sepa ha sido. Conque... si allá sales con bien, de aquí no será igual. La cosa está clara. Y ahora, cuando quieras, nos vamos.

—Te sigo.

—Por la puerta de atrás. No es preciso que te despidas de ella.

Siguió Glamorgan tras las zancadas del contrabandista, bajando

unas escaleras, hasta salir por una puerta baja a un callejón oscuro. Cuatro blancas siluetas se destacaron, y Saldaña anunció:

—Paga viaje de ida y vuelta. Hemos pactado tregua. Id a bordo, y preparadlo todo para zarpar al acto. Ya sé, compadres... Pensabais seguir la escala. Ya nos recuperaremos. Además, en Key Friends también hay cosa buena. ¡Largo!

Los otros cuatro se alejaron calmosamente. Curro Saldaña se apoyó contra la pared, mientras avanzaba.

Se adivinaba que esperaba algo, que no le cogería de sorpresa, y no procediendo del que le seguía...

Al doblar una esquina por el dédalo de callejuelas del barrio viejo, se creyó obligado a advertir:

—No andes descuidado. Gustavo es de los que se mueven a oscuras. De aquí a mi goleta, hay trecho. Apenas entremos por los muelles, pega, si se mueven sombras.

Siguieron andando tras las cuatro siluetas que abrían paso, adheridas a las paredes, en fila india.

Cuando un farol proyectaba su cerco de luz, los cuatro contrabandistas lo atravesaban en veloz carrera. Llegaban ya a los muelles Oeste, donde se apilaban mercancías, y un denso olor salobre se mezclaba a emanaciones peculiares.

Había trechos en que se movían activamente tripulantes y estibadores, junto al casco de un mercante. Otros espacios estaban a oscuras, reflejándose el quieto y oscuro mar por refracción de las luces de los barcos que llenaban sus calas.

Los cuatro que precedían a Saldaña, subieron ahora por una pasarela, que comunicaba con un dos palos, pequeño, pero de largo casco.

Un guardián de muelle se acercó.

—Buenas noches, Curro y compañía. ¿Pides práctico?

—Lo pido. Me tiran más los Cayos que la capital.

Subió por la pasarela, seguido por Glamorgan. Habían desaparecido los cuatro tripulantes, y se oyó el zumbido de un motor acercándose. Un remolcador iba hacia la proa, y el propio Saldaña se dirigió hacia el rollo de cable, cuyo lazo final arrojó diestramente hacia el remolcador.

Kirk Glamorgan subió al pequeño puente, donde en la cabina, uno de los compañeros de Saldaña manejaba las palancas, que accionaban el motor utilizado para zarpar.

Empezaba la maniobra de salida, cercano el mar abierto, por estar la goleta en la punta del dique. El remolcador soltó la amarra, que fué ascendiendo a bordo, enrollándose en el torno giratorio.

En cada palo había dos hombres desanudando las velas. Saldaña estaba al timón, y fué entonces cuando, en la penumbra, Kirk Glamorgan tuvo la certeza de que un fardo oscuro, allá entre dos mamparas, se había movido.

Y a estribor, otro fardo oscuro adquiría vida... Glamorgan, donde estaba, quedaba fuera de visión ajena. Se arrodilló, parapetado tras el dorso de un banco.

Eran ya cuatro «fardos» los que, pegados a las mamparas de cala, avanzaban por cada banda hacia el centro. Uno de ellos alzó la cabeza, mirando hacia los palos, donde las velas se hinchaban ya...

El muelle iba alejándose a popa. Era evidente que los intrusos esperaban el momento propicio para que los disparos no fuesen oídos desde los diques.

Otros dos bultos se movieron a proa, invisibles para el timonel, y para los cuatro ajetreados en la maniobra de velas.

Pero desde su observatorio, Kirk Glamorgan estaba bien situado. Hizo un rápido cálculo mental. Los dos que se disponían a avanzar por la cubierta de proa, eran los más peligrosos...

Y los dos primeros a cada banda. Acostumbrados ya sus ojos a la penumbra, puesto el dedo en el gatillo, estimó que gritar dando la voz de alarma, era exponer a muerte segura a los cuatro que estaban por los palos.

El cálculo era sencillo. Los asaltantes esperaban el descenso de los gaveros, para barrer con ellos, a la vez que con Saldaña al timón.

Disparar ahora no lo harían, porque al dispersar los tiros, podían malograrlos, y aguardarían a que los cinco estuvieran reunidos en la cubierta central.

Era evidente que habían subido a bordo, ocultándose, sin asomarse, hasta que la goleta se alejó de la lancha del práctico y el remolcador.

Por lo tanto, no habían visto al pasajero. Y creían que sólo había a bordo los habituales: Saldaña y los cuatro tripulantes.

Empezaban los cuatro a descender por los palos... Kirk Glamorgan apuntó hacia proa. Gritó:

—¡Babor y estribor, peligro!... —y acto seguido, apretó dos veces el gatillo hacia proa.

Los dos fogonazos enviaron plomo certero, y fueron la señal de una actividad presurosa. Los cuatro que bajaban saltaron al suelo, tendiéndose cuan largos eran.

Curro Saldaña ahorquilló el timón, y a rastras se encaminó hacia proa. Las dos parejas que estaban quietas a ambas bandas, iniciaron

un retroceso, disparando hacia el lugar donde había surgido, con los dos fogonazos, la voz de alarma.

Kirk Glamorgan repitió, pero a izquierda y derecha, al primer bulto, que se encogió inclinándose hacia delante...

Los dos de proa yacían de bruces, inmóviles. Y Kirk Glamorgan se desentendió ya del resto, que más que ver, adivinó.

Saldaña habíase encaramado con otro por encima de la cubierta de proa, mientras sus restantes compañeros disparaban sin blanco hacia la salida de las dos bandas.

Era evidente la maniobra, que críticamente, Kirk Glamorgan aprobó. Saldaña y el otro, iban a coger por retaguardia a los que pensando sorprender y matar a mansalva, eran ahora los cogidos inesperadamente.

De proa, partieron disparos.... Fué contando Glamorgan los estampidos, algunos simultáneos. Él había cazado tres pero los otros se defendían bien.

Sonaron dos disparos espaciados, como casi una señal de alto el fuego. Unos instantes de silencio, y luego, prudentemente, los tres tripulantes visibles para Glamorgan avanzaron hacia la banda.

Pasaron unos minutos, y por fin, apareció Curro Saldaña, que se encaminó hacia el timón. Los otros cuatro se dedicaron a una faena macabra. Balanceaban por pies y brazos a lacios cuerpos sangrientos...

Y a cada chapuzón, exclamaban sin la menor ironía, sinceramente:

—¡Paz a vuestras almas, si las tuvisteis!

Terminado el «entierro», uno de los cuatro se tambaleó, y por fin cayó de bruces. Los otros se lo llevaron en andas...

Kirk Glamorgan se asomó, porque Saldaña vociferaba:

—¡Ah de toldilla! ¡Hora de relevo y café!

Mientras Glamorgan bajaba la escalerilla, de la cámara salían dos tripulantes que se aproximaron al timón. Uno dijo, pesaroso:

—Palmó sin saberlo Adolfo. Una bala tonta que se le metió por los riñones.

—Adolfo se metió demasiado dentro, ¡caray! Mala muerte. ¿Sabéis cómo quería el entierro? —preguntó Saldaña.

—No dijo, pero creo que no le disgustará el mar, patrón.

—Dadle pues el gusto. Tú, Juan, coge el timón.

Y sólo entonces pareció Saldaña ver a Glamorgan.

—Un café no nos vendrá mal, yanqui. ¿Sabes quiénes eran?

—Lo que sé es que no contaban con un pasajero. Estaban seguros de atrapar a los cinco incautos, en el centro. ¿Cómo no se te

ocurrió pensar en esto?

Curro Saldaña entraba ya en la cámara, de donde, llevándose al muerto, salían los otros tres.

—Adiós, Adolfo —dijo cariñosamente, mirando al cadáver. Y dando una cabezada grave, añadió—: Estuviste bien hasta el final ¡caray!

Se sentó en uno de los dos bancos que flanqueaban la mesa, encima de la que, en dos bombonas de cristal, un café negro burbujeaba, puesto, en hervor por un hornillo de alcohol.

—Este Gustavo era un mal hombre. Seguro que quería quedarse con mi goleta, pero esto no lo pensé, ¡caray! Porque esto no se hace... En este mar nadie piensa siquiera en rapiñar barco ajeno. Alguno que lo intentó, lo colgamos boca abajo, la más vergonzosa muerte. Bueno, y a todas estas hay que admitir qué no estuviste mal. Disparaste oportuno. Un poco antes hubiera sido demasiado pronto, porque andaban los míos por los palos. Tienes buen ojo.

Empezó a reír divertido, y después añadió:

—Lo gracioso es que al final gané yo. Sí, hombre... Tú les diste a dos de lleno. A otro, lo heriste. Pero a Gustavo Moreno, lo cacé yo. ¡Yo le di en toda la frente!

—Fuimos a medias. Mejor.

—En realidad, casi puedo pensar que me sacaste del fuego media goleta. Puedo devolverte tus cincuenta del pasaje.

—Eso no. Era lo pactado antes.

—Bien. Entonces, si te hace falta, te echaré una mano. A lo mejor, los dos que buscas están bien acompañados.

—Cuando llegue el momento, si es necesario contaré contigo. ¿Cuándo llegamos a Key Friends?

—Antes de pasado mañana por la tarde, no. Y si hay buen soplo, casi seguro que pasado mañana por la noche. Toma café. Te lo has ganado.

Dió Saldaña giro a una de las bombonas, vertiendo en dos tazones. El humeante brebaje esparció un grato olor.

—Te llevaré a tu litera. Hay cinco, pero siempre una queda libre. Las comidas, cada uno se las guisa; así, come a tu gusto. Menos yo, que para algo soy el capitán, ¿no?

Poco después, tendido en la litera, en el estrecho compartimiento donde estaban las otras cuatro, Kirk Glamorgan tardó en hallar el sueño, por culpa del café.

Pensó primero en que los recientemente muertos, eran lobos, como decía Cárdenas, seres que al abandonar la Isla Grande, y navegar por los islotes, dejaban de pertenecer a la comunidad

civilizada.

Y después, sin saber cómo apareció, hubo una imagen femenina que se dibujó cada vez con más perfilada intensidad... Quiso apartarla de su imaginación, pero lo único que conseguía era darle más realce.

Pretendió cambiarla, evocando a la esplendorosa morena Antonia. Pero surgía en contraste, con más fuerza, la imagen de Carol Brunetti...

Por fin, el sueño ahuyentó la evocación. Cuando se despertó, miró en rededor. Estaba solo, y las otras literas aparecían vacías.

Oyéronse unos pasos, y entró el llamado Juan. Traía un tazón de café, y un plato donde dos lonchas de jamón acompañaban dos huevos fritos.

Juan sonrió, mostrando los largos dientes amarillos. Sonrió para decir:

—No es la costumbre, yanqui. Pero anoche estuviste bueno, y el patrón dice que no hay deshonra si yo te traigo el desayuno, por una vez.

—Gracias, Juan.

—Come, y después asómate. No te pierdas el primer vistazo a los Cayos. Es cosa rica.

Una vez desayunado, Glamorgan, tras vestirse, contempló desde cubierta aquellos islotes verdes, bañándose en un mar de ensueño. Era lo más semejante a los carteles de turismo que querían invitar a navegaciones tropicales.

Le molestó que en aquel paisaje, también viera dibujarse la figura de Carol Brunetti...

VI

El coral de los islotes, la gema verde de las miríadas de islillas, el cerco de blanca espuma, formando anillo entre el coral y el azul, iban siendo ya monótona visión para Kirk Glamorgan al segundo día de viaje.

De sus conversaciones con los tripulantes, a los que dejaba libremente explayarse, sacó en consecuencia que el correílo «Baracoa» llegaría a Key Friends en plena noche, horas después que la goleta «Perfecta», porque hacía corta escala en Limón.

A las siete, iniciándose un crepúsculo que teñía de malva las verdes cimas de Key Friends, la goleta atracaba en un embarcadero libre, al oeste de la capital, y única ciudad de la isla.

Un millar de habitantes y muchos turistas, daban vida a Key Friends. Era uno de los Cayos grandes, y por tanto, tranquilos, con establecimientos de diversión que hubieran envidiado muchas ciudades populosas.

—Tengo algunos a quien visitar —hizo saber Saldaña—. Por lo tanto, salvo si quieres ir a otro puerto, aquí me tendrás hasta mañana por la noche.

—Te haré saber si me quedo, o sigo camino.

De a bordo, había adquirido Glamorgan nuevas prendas. Unas botas altas, muy flexibles, un pantalón bombacho de dril blanco, y una americana del mismo tejido, así como un sombrero panamá. Prendas que hábilmente retocadas por Juan, le ajustaron pasablemente, convirtiéndolo en uno más de los transeúntes o radicados en los Cayos.

Deambuló por las dos calles que en escalonada pendiente lateral, formaban la ciudad. Y de vez en cuando miraba hacia el puerto, hasta que caída la noche, fué a sentarse en un café, en el muelle donde había de recalar el correílo «Baracoa».

Había calculado la posibilidad de que Enzo Gasparoni tomara tierra en Limón, en cuyo caso lo iba a saber pronto. A las diez de la noche, la «Baracoa» atracaba de costado, y tendía la pasarela por la que empezó a subir gente del muelle.

Se inició la acostumbrada rutina. Eran las diez y veinte minutos, cuando por la pasarela bajó Enzo Gasparoni, llevando su maletín. También había trocado sus ropas por el dril y las botas altas.

A pie, desdeñando las ofertas de negros qué querían llevarle la valija, se dirigió hacia la misma acera en que se hallaba el café donde Kirk Glamorgan se hizo pantalla con un periódico abierto ante el rostro.

Pasó Enzo de largo, y salió Glamorgan. La noche tropical era tibia, dulzona, y de los umbrales ante los que pasaba, surgían relentes de aroma azucarado.

Enzo Gasparoni caminaba como el hombre que tiene la certeza de que ni es conocido, ni nadie le sigue. En la tercera calle, penetró en uno de los tantos bares, con rótulo luminoso que decía: «Miami Palmer's».

Se oían musiquillas para todos los gustos, desde los ritmos afrocubanos predominando, hasta el agrio gorgojeo de acordeones. Entraban y salían marineros y turistas.

La calle tercera de Key Friends estaba destinada exclusivamente a surtir de bebidas y falsa alegría nocturna a cuantos pudieran pagarlo.

Kirk Glamorgan siempre había considerado un recurso propio de novelones el uso de pelucas y postizos. Pero ahora lamentaba no poseer unos cabellos menos llamativos.

Aunque llevara hundido el panamá casi hasta las cejas, hubiese preferido llevar una peluca rubia o morena cuando, atravesando el vestíbulo con bar, empujó la puerta y entró en el cabaret.

Por suerte, en la pista bailaba una pareja de acróbatas, y el foco se proyectaba sobre ella. El resto de la sala estaba en grata penumbra, tamizada por las lucecitas rojas de las pantallas de mesa.

Enzo Gasparoni tomaba asiento al fondo, y rápidamente, entró Glamorgan en un reservado lateral. Las luces se encendieron, sonaron aplausos, la pareja saludó, y en la pista entraron concurrentes a agitarse a los sonos de un mambo.

Las luces volvieron a apagarse. Desfilaban tanguistas, en su mayoría mulatas. Las preferidas eran las rubias europeas.

Enzo Gasparoni bebía lentamente una copa de vino claro. Un camarero negro asomó por la puerta del reservado. Mostró el teclado rutilante de sus grandes dientes...

—*Whisky* —pidió Glamorgan.

Desapareció el negro. La botella de *whisky* era cara. Pensando en ello, tocó en el codo a una rubia avejentada, que debió ser muy bonita. Le guiñó, señalando el reservado.

La rubia ajamonada era la «distinguida», y en el umbral del compartimiento insinuó, en un inglés de acento guturalmente alemán:

—Si está aburrido, caballero, puedo contarle la vida y leyendas de todos los piratas de las Diez Mil.

—No está mal. Siéntese, amiga... No... Allí, delante de mí. La veré mejor. ¿Qué desea beber?

—Lo que usted quiera, caballero.

El negro colocó con gestos respetuosos la botella de «Johnny Walker». Ella dijo:

—Me agrada el pequeño John. ¿Bailamos, caballero?

—No sirvo.

Seguía mirando de vez en cuando hacia la mesita ocupada por Enzo. La alemana bebió seguidamente dos vasos mediados de *whisky*. Y dijo:

—Usted no ha venido a bailar, ni busca a ninguna amiga. Si le puedo ayudar...

—Dependerá. Desde donde está, puede ver muy bien a una dama que lleva el cabello enrollado en alto, y viste un rabioso traje verde.

—Ah... Es la cursi de Tiana. Se hace pasar por italiana, pero es sueca del sur. Le creí con mejor gusto, caballero.

—A mí no me interesa. Pero se ha sentado con un tipo que me parece conocer.

Ella miró unos instantes, y dijo:

—Es nuevo, como usted. A su salud.

—A la suya.

—¿No bebe?

—Espero a tener sed. No tengo práctica, pero creo que obtiene un aumento de sueldo, por botella bebida. No se fatigue, a menos que le guste emborracharse. Por hacerle soportar mi compañía, acepte este dolar y cómprese sal de frutas.

Ella cogió ávidamente el billete, que enrolló y escondió con rapidez. Miró con extrañeza al agente.

—Usted, no es un empalagoso. Es más, usted tiene malas ideas. Y sin embargo, se porta bien conmigo. Me llamo Greta.

Enzo Gasparoni hablaba animadamente con la del traje verde, una muchacha delgada y joven, pero con rostro maligno, enviciado.

De pronto, Glamorgan se fijó en un detalle. La muchacha miraba a Enzo, quien estaba de espaldas al reservado ocupado por el agente.

Aquellos ojos... No cabía duda: eran febriles y, a la vez, cansados. Ojos de toxicómana. La llamada Tiana hablaba voluble, alternando risitas con aspavientos.

Enzo Gasparoni señaló su maletín en una silla, y ella aprobó

con la cabeza. Después, ella señaló la pista, y Enzo Gasparoni denegó.

Ella se levantó, para ir, con el maletín en la diestra, hacia el fondo ya invisible para Glamorgan.

—...Y entonces me vine aquí, cansada ya de tanto bailoteo. Aquí es más descansado —y tras una pausa—: Usted no se ha enterado de nada, caballero.

—Perdona, Greta.

—Está usted muy interesado en los manejos de Tiana. Le ilustraré. El desconocido ha entregado su maletín a Tiana, para que ella se lo guarde, y Tiana ha ido al tocador. Tanto puede ser que a la salida el desconocido acompañe a Tiana, como que Tiana, que no sabe beber, se olvide del maletín y del cliente.

—La pobrecilla está en los huesos.

Halagada, la gruesa alemana, sonrió.

—Es lo que digo. Pero no todos tienen su buen gusto, caballero. Lo malo es que cuanto gana, la muy tonta, en vez de darse buenas comidas, lo gasta en «hoja seca». Abunda por aquí. ¿La ha probado?

—No. A lo mejor, la maleta está llena de «hoja seca». ¿Qué es eso?

—Hoja de adormidera, cultivada en los Cayos. Viene a ser como el opio, pero mucho peor. Cada cigarrillo vale medio dólar. Yo prefiero un frasco de champaña. Hace dormir, pero sin tantas pesadillas.

Enzo Gasparoni se levantaba y pagaba. A su lado, Tiana asintió con la cabeza, y miró su reloj. Enzo Gasparoni atravesó la sala, y abandonó el cabaret.

Glamorgan no se movió. El maletín estaba allí, y era evidente que Gasparoni había dado cita a Tiana.

La alemana iba bebiendo vaso tras vaso. Hacía tiempo que no probaba el *whisky* legítimo, y aborrecía el exceso de ron. Sus ojos fueron poniéndose lánguidos.

«Le va a dar llorona», pensó Glamorgan. «Y me va a contar su pobre vida».

No falló. Greta empezó a recordar su aldea tirolesa, donde ordeñaba vacas y era considerada la mejor desnatadora. Poco después, Glamorgan tenía su idea madurada.

Habló de apuestas increíbles, de falta de valor, de una broma a un amigo. Y al final, de aquel exordio, dijo:

—Me es antipática Tiana.

—Horrores...

—Te apuesto cinco dólares contra el tuyo, a que no eres capaz

de ayudarme en una broma espléndida.

—¿Cinco... dolares...? ¡Míos! ¿Debo romperle la cabeza a Tiana?

—Al contrario. Simplemente ir al tocador, y si eres capaz de traer aquí el maletín sin que ella ni nadie se den cuenta, te has ganado los cinco.

—Muy fácil... Pero está lejos. Mejor si vamos a la mesa del fondo. Así no hay más que dos pasos. Distancia corta...

—De acuerdo.

Ella se apoyó en el brazo de Glamorgan, hasta llegar al reservado más cercano al pasillo que conducía a los lavabos.

Tardó largos minutos, pero escogió el buen momento para reaparecer. Todos miraban hacia la pista, donde un prestidigitador hacía obras de arte con las manos.

Greta depositó el maletín sobre la mesa, diciendo:

—No pesa nada. Cinco dolares...

—Como ésos.

Era un maletín del tipo de los neceser de viaje. Los dos paños tenían la llave echada. No eran de contextura especial, sino normales.

—Con una horquilla los abro —afirmó la alemana—. Deja...

Manipuló ella, y al cabo de unos instantes, manifestó triunfal:

—Tengo práctica.

Levantó la cubierta del maletín, mirando su interior. A su lado, miró también Glamorgan: el traje con que había salido Enzo de los Estados, un estuche de aseo, dos mudas, y nada más.

Greta se puso en pie:

—Voy a entretener a Tiana, por si se le ocurriera ir al tocador. Y si metes una bomba dentro, que no estalle antes de las cuatro y media, que es la hora en que Tiana sale.

Los dedos de Glamorgan repicaron sobre el fondo del maletín. No había compartimiento secreto. Palpó los lados y las cantoneras. Miró el asa, y de pronto tuvo la revelación.

El maletín era viejo, y el asa completamente nueva. Un tubo hueco... Logró sacarlo del noble anillo que lo engarzaba con el cuerpo del maletín. Palpó los extremos, y por fin, su pesquisa tuvo premio.

Desenroscó, y del interior de la falda asa, extrajo un papel recio, que desenrolló, alisándolo. Leyó ávidamente:

«Malas noticias, Gino. Soy Enzo, el hermano menor de Fredo y Tulio. Cazaron a Kingland, y mataron a Jack. Fué tu hermana la que puso a un agente del F. B. I. sobre

la pista del «negocio». Fredo me ordenó llegarme hasta Key Friends y, en el «Miami Palmer's», darle este maletín a Tiana. No envíes ya género, porque mis hermanos estarán vigilados, y Fulton, desgraciadamente, no puede recogerlo. Fredo me ordenó que te dijese por este mensaje, que si necesitas de mí, envíes a buscarme. Escribo ésta antes de desembarcar. Nadie me ha seguido. Escapé apenas cayó Fulton, y ya no podré volver a los Estados. Cuando vea a Tiana le daré el maletín para que te lo entregue, y ella sabrá dónde me alojo. Soy tu fiel, aunque desconocido personalmente, amigo.

»Enzio Gasparoni.»

Enrolló el mensaje, volvió a ajustar el asa, colocándola en su sitio, y procedió a cerrar el maletín.

Pensó que hablaba el italiano para hacerse entender, pero no para pasar por nativo. Enzio era el menor. Había nacido en Augusta. Pero había un inconveniente: Tiana conocía al verdadero Enzio...

—Ahora puedo colocar el maletín su sitio, pelirrojo —dijo Greta, entrando.

—No hay bomba. Llévalo, sin que te vean.

De momento, le interesaba saber dónde se alojaría Enzio. Cuando la alemana volvió a entrar, dijo Glamorgan:

—Me voy a dormir, Greta. Si no bebes más...

—Me fui a tomar sal de frutas, y estoy fresca. He ganado ya seis dólares, que no gano en una semana, pelirrojo. ¿Qué más quieres que haga? Me interesan todas estas cosas.

—¿Te fijaste bien en el que dio este maletín a Tiana?

—Sí.

—Esperará seguramente a Tiana. Si tú logras saber dónde se hospeda, y lo que hace Tiana con el maletín... veinte dólares para ti. Es un asunto de contrabando donde puedo ganarme mucho.

—Lo sabré. ¡Vaya si lo sabré!... Las de aquí nos alojamos todas en el mismo hotel. Apunta el teléfono, y mañana a la hora que quieras a partir de las once, llámame. Yo te diré lo que quieres saber. Dónde se aloja el moreno, y qué hará Tiana con el maletín.

—Con cuidado, Greta. Si te pescan, pueden liquidarte.

—Lo supongo. No tienes cara de regalar veintiséis dólares por nada. Y yo, con tal de perjudicar a Tiana, quedo contenta.

Kirk Glamorgan abandonó el cabaret. Tiana era un enlace de Gino. Gino no conocía personalmente a Enzio. Enzio aguardaba a que alguien viniera a buscarle de parte de Gino.

Se fué a la goleta, donde estaba de guardia Reinaldo, que echaba pestes porque por culpa de Gustavo Moreno y su fracasado intento, ahora Saldaña dejaba un hombre a bordo.

Durmió en la litera, plenamente a gusto. Hasta ahora, los tan peligrosos Cayos eran muy pacíficos.

A las diez de la mañana, llamaba al número de teléfono dado por la tanguista Greta. Tardaron en acudir, y tuvo que decir que era cuestión importantísima para la alemana.

—Siento despertarte, Greta. Soy el de los veinte a la vista. No digas nada por teléfono.

»—Ya lo sé, pelirrojo. Espérame en el café «Reunión». No tardo más de una hora.

Fueron cuarenta y cinco minutos. A la luz cruda del día caluroso, Greta demostraba los cuarenta y cinco años. Vestía juvenilmente, y daba pena, como cuando se contemplan las ruinas de un hermoso palacete.

—A las cuatro y media, Tiana se cogió del brazo del moreno. Llevaba el maletín, que entregó al cochero. Yo cogí otro coche, y el del maletín se apeó en el hotel «Relax», donde abundan los chinches. Pero el maletín siguió con Tiana, que lo llevó al muelle libre, donde anclan todos los barquichuelos. Bajó del coche, y dejó el maletín en una goleta, tirándoselo al que estaba de guardia.

Sintiendo que una inquietud le atosigaba, insinuó Glamorgan:

—Sabrás seguro cómo se llama la goleta.

—Naturalmente. Llevaba a popa unas letras blancas. «Henequén».

Respiró Glamorgan, aliviado. Le hubiera disgustado que Saldaña anduviera mezclado con los turbios manejos de Gino Brunetti.

—Volví a casa, a dormir. Y ya está.

—¿Tiana te vió?

—Ni hablar. Gracias —dijo, escondiendo los veinte dólares—. ¿Y ahora, qué más quieres?

—Volveré a verte. Esta noche.

—Buena suerte —dijo ella con cierta melancolía—. Si no he de verte más, que tengas suerte.

Se marchó, y Glamorgan la olvidó. Ya sabía ahora lo suficiente. Subió a un coche, tirado por un caballo matusalénico.

—Hotel «Relax» —indicó.

El llamado hotel era un edificio de madera de dos plantas, donde en la gerencia, un obeso mulato se daba aire con un enorme pay pay.

—¿Enzio Gasparoni? —preguntó Glamorgan.

—Es el del tres. Seguro que le espera. Al tres. Ha bajado ya cien veces desde las ocho de la mañana, preguntando si alguien preguntaba, por... Bueno, usted ya sabe; el tres...

Hacía ya rato que Glamorgan estaba subiendo las crujientes escaleras. Era un fonducho portuario de lo peor.

Estaba plenamente decidido a ser «Enzio Gasparoni», porque de lo contrario ya le sería imposible seguir a Enzio hasta el escondrijo de Gino Brunetti.

Delante de la puerta marcada con un primero 3 pintado con brea, meditó unos instantes. ¿No sería mejor esperar a que viniese el enviado de Gino?

La habitación era la última a un lado, y al exterior había una galería cubierta rodeando la planta alta.

Y a su lado, un ventanal abierto daba acceso a la galería, por la que se internó Glamorgan, hasta llegar a la ventana que correspondía a la habitación tres.

Vió un palanganero, una percha, donde colgaba una americana blanca y un panamá, y una cama. En la cama, Enzio Gasparoni, boca arriba, fumaba indolentemente, con las manos cruzadas bajo la nuca.

VII

Permaneció Glamorgan contra el tabique, junto a la persiana larga, por entre cuyos huecos había atisbado el interior. La galería daba a un patio con corral, y un perro ladraba insistente, tensa la cadena, y queriendo efectuar el imposible salto que le permitiera llegar hasta la galería.

El ladrar agitado, debió distraer de sus pensamientos a Enzo, porque se oyeron sus pasos acercándose a la persiana. Contuvo Glamorgan su respiración.

Oía el cercano hálito del italiano, que por fin, giró sobre sus tacones. Fué el momento ideal para el que acechaba.

Empujó a la vez los dos portantes de la persiana, penetrando en avalancha humana lanzada sobre las espaldas de Enzo.

Al brusco choque y cuando Enzo se volvía a medias para averiguar la causa del estrépito, se encontró derribado sobre el costado, con un jinete encima.

Un jinete que accionaba midiendo el valor de cada segundo. Que asiéndole por el cuello, empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. Enzo manoteó en vano.

El ataque había tenido tanta imprevista rapidez, que cuando Enzo empezaba a presentar un conato de defensa, su cerebro estaba invadido por las nieblas de la inconsciencia.

Cesó Glamorgan en su machaqueo, al comprobar que Enzo permanecía inmóvil, laxos los miembros. Entonces, sin dejar de mantenerse a caballo sobre el desvanecido, Glamorgan miró en rededor.

Entre aquel pobre mobiliario, había algo útil para sus fines. Los alambres de que colgaban cortinillas de tela traslúcida, que no hubieran resistido los esfuerzos de un maniatado.

Quitó los dos alambres, dejando las cortinillas colgando de sus extremos de las alcaayatas. Alrededor de muñecas y tobillos, tuvo Enzo unos cercos, tan sólidos como esposas.

De los bolsillos del desvanecido extrajo Glamorgan un pañuelo, que introdujo en forma especial entre los labios de Enzo. Que pudiera respirar, para no asfixiarse, pero que no pudiera gritar.

Bajo la americana colgada, había un pañuelo de cuello, con el que rodeó el rostro del capturado. Lo fué empujado, hasta que

tendido en el suelo, lo arrimó contra la pared, bajo la cama.

En el cuarto bastante reducido, fué mirando en pie, desde las cuatro esquinas. No se veía al prisionero, pero cuando recuperase el sentido, podía moverse.

Había algo a su favor. Enzo no había tenido tiempo de ver a su agresor, dada la rapidez del ataque. Si pudiera llevarlo hasta la goleta de Saldaña...

Pero Enzo podía hablar a Saldaña, o éste de cierto pelirrojo. Y había algo más. Le repugnaba al agente del F. B. I. el valerse de Saldaña, para una acción puramente policial.

Y repentinamente, tuvo otra idea. La habitación era mísera, pero había en ella el instrumento imprescindible que producía buenos dividendos a la compañía norteamericana instaladora. El teléfono, que con las neveras, era una muestra de la invasión comercial yanqui.

Marcó el número del hotel de Greta. Y al poco, estaba ella al auricular.

—...¿Conoces mi voz?

»—...¡Sí!

—...Ven al «Relax». Pide por Enzo Gasparoni, y sube al tres. Te espero.

Colgó. Era necesario asegurarse de que Enzo Gasparoni regresara a los Estados Unidos y además no diera fe de vida en los Cayos.

El prisionero empezaba a removerse, pero la forzada postura, con muñecas y tobillos doblados a la espada, no le facilitaba el desplazamiento.

Se echó encima de la cama, después de haber pasado a sus bolsillos cuanto contenía la americana de Enzo.

Ya no quedaba más que un riesgo. Que viniera Tiana. Pero tal como iban las cosas, se deducía que la tanguista drogada, solo era un enlace entre la goleta «Henequén» y la banda que operaba en Augusta.

La Misión de Tiana terminó al entregar la maleta-mensaje. Llamaron a la puerta, y fué Glamorgan a abrir.

Entró Greta, sonriente, contenta.

—Creí que no te vería más, muchacho. Y oye, a todo esto, ¿cómo te llamas?

—Da igual. No eres preguntona, Greta. A mí me interesa quedar seguro de que cierta persona, no se mueva ni se muera de hambre. Mientras estoy ausente. ¿Tú ves cómo arreglarlo?

—¿Y esta cierta persona, dónde está?

—Debajo de la cama, tapado de boca y oídos. Manos y pies en cepo. Tal vez mi ausencia dure días, semanas u horas.

—Hay una solución sencilla. Cogeré una habitación aquí, y nadie más que yo entrará en ella. No limpian los cuartos aquí, si no se paga un extra. Hasta puedo dejar de ir al cabaret. Me creerán de viaje.

—Muy bien, Greta. Que te den una habitación, si es posible la cuatro o la dos. Enfrente o al lado.

Ella salió, regresando a los cinco minutos, con una llave.

—La cuatro, al lado. No traeré equipaje. Pago los días por adelantado. Así la hurona de Tiana no meterá las narices en mis cosas, ni sabrá que me alojo aquí.

—Estás en todo, Greta. Buen auxiliar. Vete al cuatro, y allá te llevo el huésped. A lo mejor, te dice que soy policía...

—Lo eres, querido —sonrió ella—. Lo eres. Pero no me importa. Fuiste simpático, y además si te has metido por aquí, no eres un policía de los del montón.

Instantes después, sobre sus hombros llevaba, Glamorgan a Enzo, que dejó aliviado en el suelo, al lado de la cama del cuarto ocupado ahora por Greta.

—Sería peligroso que se enterase Tiana. De ahora en adelante, yo seré éste. Corres riesgos, Greta...

—A veces me cansa vivir como vivo.

—También hay su compensación. Si como creo cae la banda de traficantes, hay recompensa para los civiles que ayudan. Si llego hasta el final, cuenta con dos mil dolares, Greta.

—¡«Himmel»! —exclamó ella, gozosa.

—Fondos del Departamento de Tóxicos. Y ahora, a tu entender, Greta. Este no ha de salir de aquí, hasta que no venga a recogerlo, vivo. Mejor que permanezcas encerrada hasta que yo me vaya del hotel.

A la una, Glamorgan bajó a comer. Era el único comensal. Servía el mulato consejero, que de vez en cuando subía las escaleras llevando bandeja.

A las dos, se echó Glamorgan en la cama del número tres. El sopor le invadió y durmió la siesta sin proponérselo.

A las seis de la tarde, se levantó con la boca estropajosa, sudando. Se limpió los dientes, y procedió a estudiar cuanto había quitado a Enzo Gasparoni.

Documentos personales, fotografías, un llavero, pitillera y encendedor. Una cartera con pesos cubanos, y ochenta dolares.

La espera podía prolongarse días... Pero confiaba en que Gino

Brunetti tuviera curiosidad por oír verbalmente lo sucedido en Augusta.

Hasta ahora, todo era fácil. Demasiado... Llegaría hasta verse ante Gino Brunetti, ¿y después? Cuando tuvo lugar el tiroteo en el almacén de madera, llevando las solapas alzadas y el fieltro hundido, no podía haberle reconocido Gino.

A las ocho de la noche, ya no sabía en qué distraer sus pensamientos, porque quería evitar pensar en Carol Brunetti.

Sólo los colegiales se enamoraban así. Lo que le pasaba era que la valiente actitud de Carol le había emocionado. ¿Se hubiera emocionado de ser ella fea y antipática? La hubiera admirado moralmente.

Llamaron en la puerta. Glamorgan se dirigió a abrir.

Era un individuo flaco, con rasgos afilados, de indio semínola. Dijo:

—Charlie viene a buscarte. Charlie te espera en la goleta «Henequén», al muelle libre. Pronto, ven.

No había atravesado el umbral, y se fué. Glamorgan cogió su panamá, y la americana. Bajó las escaleras, y en el mostrador dijo:

—Pago la cuenta de Enzo Gasparoni. Me dejó el cuarto, y se fué.

—Tres pesos.

—Como esos, y un dolar para ti, copo de nieve.

—¡Buen viaje, señor yanqui!

Fuera, anduvo Glamorgan a paso rápido. Tenía prisa. Iba a conocer a Gino Brunetti.

La goleta «Henequén» petardeaba grotescamente por su motor de arranque. Era algo mayor que una lancha. La tripulaban dos semínolas, y al timón estaba Charlie.

Glamorgan se sentó junto al timón, y la goleta fué saliendo del ancladero. Empezaba la etapa final.

No había un soplo de brisa, y la goleta empleaba exclusivamente el motor. Emproaba hacia el golfo, y el serviola en proa cantaba las brazas de fondo, al pasar por entre roquizos pelados, calcáreos.

La esfera luminosa de su reloj marcaba las once y media, y harto, inquirió, Glamorgan:

—¿Dónde puedo echarme, Charlie?

—Hamaca tienes donde quieras. Te despertaré llegada.

Buscó la hamaca, que arregló entre la base de un palo, y un garfio. En ella, tendido, sin sueño, vió desfilar las masas rocosas, oyendo constantemente el chapoteo del agua.

La ruta de los piratas que desde la punta de Florida hasta la

última isla del Caribe, se servían de aquel arco de islitas, para sus correrías sangrientas.

Y aquella goleta, al igual que la de Saldaña, tenía en la noche, trazas de nave de ladrones del mar. Resultaba difícil imaginar que a unas veinte millas, estaba Miami, la de los blancos rascacielos.

Y mucho más al Norte... Carol Brunetti y Augusta. Cerró los ojos. Más que dormir, se balanceaba en un amodorramiento nervioso. Tanta espera le producía siempre zozobra. Prefería la acción.

Un problema hasta ahora bien resuelto, puesto que la incógnita era saber si Gino Brunetti vivía, y dónde se hallaba. Lo sabía ya, y hacia su escondite se dirigía.

Pero quedaba una «X» por resolver. Traerse a Brunetti a los Estados era su misión. Sólo matar en caso de defensa propia. Y aun si matase a Brunetti, ¿quién le cubría la retirada?

Despertó, convencido de que alguien le estaba mirando con fijeza. Había amanecido, y el sol daba polvillo de oro al ambiente.

Un hombre alto, de hermosos ojos casi, femeninos, joven, con algo familiar en los rasgos faciales, le estaba observando, desde el sillín plegable en que se sentaba dos pasos más allá de la hamaca, en cubierta de la goleta «Henequén».

La goleta estaba anclada en una bahía estrecha, que en punta penetraba en una isla coralífera.

Y el del sillín, dijo en italiano:

—Sueño de hombre en paz con su conciencia, Enzo Gasparoni.
¿Estás en paz conmigo, Enzo?

VIII

Kirk Glamorgan bajó de la hamaca, frotándose los ojos. Replicó en italiano una frase fácil:

—Soy el Benjamín de la familia, y sólo recibía órdenes de Fredo, el mayor.

—Y hablas como un renegado yanqui, como os pasa a todos los que no nacisteis donde debíais —replicó, en inglés, Gino Brunetti—. Pero eres italiano de los falsos, en eso de escudarte tras las espaldas de tu mayor. ¡Puerca familia la tuya! Os doy un negocio masticado, y lo echáis a perder.

—Tuvo la culpa Kingland. No supo hacer lo que dijo Fredo.

Se puso en pie Gino Brunetti, cuyas dos manos cogieron por el cuello de la camisa al agente. Le miró largamente, y Glamorgan supo que el hombre que ante sí tenía era un criminal nato.

—Debería darte como carnada a los tiburones, Enzo. Estoy seguro que Fredo perdió la cabeza cuando vió a mi hermanita. Anda, cuéntame cómo pasó la cosa.

—Yo estaba en la cocina, pero Fredo me explicó que tu hermana vino con un agente del F. B. I. buscando a Fulton. Fredo los envió al caserón de Kingland, y allí el agente se cargó a Fulton. Entonces, Fredo me dijo Que viniera de prisa a Key Friends, y entregara un maletín a Tiana. Y ya está.

—No tienes cara de tonto, Enzo, pero hablas como un imbécil. ¿Ya está, no? Me estropeáis un montaje que me costó meses. ¡Y ya está! Hizo bien Fredo en mandarte a ti. Pero paciencia, que todos caeréis... Vais a sudar la gota gorda. ¡Te lo juro! Se acabó el sitio privilegiado. Vendrán aquí tus hermanos, a trabajar de veras. A mí nadie me estropea un negocio, sin montarme uno nuevo. Ahora «la línea Augusta» ya no sirve. He de buscar otra. ¿Y qué? ¿La voy a sudar yo? ¡No, hijito! Reunir la droga me cuesta a mí muchos sudores. Confié en tres cocineros y así estamos. Y hablando de todo un poco, ¿por dónde andabas tú, cuando yo estaba en Augusta?

—En Boston. Aun no había ampliado el restaurante Fredo.

—Fredo es un idiota. No debió mandarte a ti. Hablando de todo un poco, ¿y si no fueras tú Enzo, sino un cochino espía? Hay muchos que estarían contentos de dar conmigo. ¿Qué pruebas tengo yo de que seas Enzo Gasparoni?

—Las mismas que yo tengo de que tú seas Gino Brunetti.

—Sabes contestar. No me gusta tu mirada, Enzo. Ni tus cabellos... Me recuerdan a no sé quién.

Los tres semínolas distaban unos cinco pasos. Esperaban... Gino Brunetti apoyaba las dos manos en su cinto, del que colgaban dos fundas pistoleras.

—¿Cómo diste con Tiana?

—Fredo me dijo que visitara a Toña, y le pidiera por Tiana.

—Todo esto lo sabe también el que hubiera podido seguir los pasos de Enzo. Si tú no fueras Enzo, claro... Porque hay algo que no veo bien... Dices que mi hermanita acudió a Fredo, y pidió por Fulton. Fueron a Kingland, y después, al fallar la cosa, Fredo te dijo que vinieras hasta aquí. Bueno, ¿y qué crees tú que iba a estar haciendo mientras el agente que se cargó a Fulton?

—Interrogar a Kingland, que no soltaría prenda.

—O avisar que vigilaran a los Gasparoni, que le mandaron allá. No está mal, sí...

Gino Brunetti se acariciaba la barbilla. Dijo de pronto:

—Casi lo estoy viendo. Te dejan salir tranquilamente para saber a dónde vas. Y te han seguido sin que te enteres. ¿Dónde diablos he visto yo antes de ahora esta pelambrera roja? Yo no he estado en Boston. Yo te he visto antes de ahora, Enzo, si es que eres Enzo.

—Yo nunca te he visto. Y no dudo que eres Gino.

—Es distinto, querido. Yo soy Gino, porque lo sé. Pero los del F. B. I. se meten por todas partes. Se creen muy tunantes. Bueno, también yo soy un idiota. Debí haber empezado por el principio. Fredo te dio una contraseña. Anda, dímela.

—Fredo no me dio ninguna contraseña.

—¡Mientes! ¡Eres un cochino espía!

Kirk Glamorgan se cruzó de brazos, encogiendo los hombros.

—Fredo no me dio ninguna contraseña. Me dio un maletín, en cuya asa yo debía meter un mensaje para ti. Yo te tengo ley, Gino, pero empiezas a ofenderme.

—¿Te ofendo? Aguanta. Yo estoy muerto, y vivo muy bien, hasta que reúna el dinero bastante para irme a Australia. ¿Voy a perderlo todo arriesgándome tontamente? Fredo no tenía contraseña. Pero sabía que yo no te conocía. Pudo mandar a Tulio. Bueno, vamos a dejarlo. Pensaré, en darte una oportunidad de ganarte mi confianza.

Dió media vuelta Gino Brunetti, y de espaldas dijo:

—Llevas pistola. Dámela por la culata, mirándome.

Se volvió para coger el arma que le tendía Glamorgan. Frunció los labios, en sonrisa zorruna

—No demuestra nada, Enzo. También hacías lo mismo si fueras un espía. Hay que pensar el modo de que alguien te reconozca como tal Enzo. Vamos a ver. Ayúdame, Enzo. ¿Cómo hiciste el viaje?

—En avión hasta La Habana. En goleta basta Key Friends.

—Supongamos que te sigue un agente listo. No te atrapará hasta que no llegues al final del viaje. Te dejaría andar por La Habana, y sólo te acecharía cuando bajases de la goleta. ¿Me sigues, Enzo?

—Paso a paso, puesto que he dado estos pasos.

—Bien, bien. Tienes el seso ágil. Llegas a Key Friends y vas a visitar a Tiana al cabaret, dándole el maletín. Hasta ahora...

Gino Brunetti se pellizcó el labio inferior, alargándolo.

—El que te sigue te ve dar el maletín. Ya no importa que te pierda la pista. Te deja, y se interesa por el maletín.

—El maletín lo tenía ella al salir a las cuatro y media. Y me dejó en el «Relax».

—Vamos al «Relax». El que te sigue ha visto como Tiana echaba el maletín en esta goleta. Le basta.

—Mal pudo verlo, si yo no lo vi.

—Tienes respuesta para todo. Será mejor que te encierre en sitio seguro hasta haberte identificado. ¿Qué dices, Enzo?

—Tú mandas, Gino. Pero después, cuando ya sepas que soy Enzo, no te extrañe que me vaya.

—Poco a poco. Te irás cuando yo quiera. Has venido aquí, y no saldrás de aquí hasta que me dé la gana. Y tardarás, tardarás...

Silbó Gino Brunetti, y de proa y popa fueron surgiendo individuos, hasta entonces agazapados. Sumaban una veintena.

—Esta es mi banda, Enzo. Tus amigos futuros, o los que te cribarán si no eres Enzo. Puedes pasear por la goleta hasta que resuelva yo el modo de reconocerte. Si eres Enzo, alégrate. Un jefe como yo, prudente, puede darte a ganar muy buenos billetes. Hasta pronto.

Gino Brunetti arrojó la pistola de Glamorgan a un semínola. Se encaminó hacia la pasarela que colgante comunicaba con una lancha motora, atracada a un costado.

Esperaban en ella cinco indios semínolas. Se alejaron, y Gino ondeó la mano en saludo de despedida, al que correspondió Glamorgan, acodado a la borda.

Los veintitrés hombres que a bordo quedaban, eran de varias razas. Varios semínolas, algunos cubanos, tres mulatos, dos nórdicos....

La bahía profunda en penetración, era un puerto escondido, de

los tantos que abundaban por los islotes. A cada lado, los acantilados mostraban cuevas. Parecía una decoración para escenarios de antigua piratería.

También los desastrados componentes de la banda de Gino Brunetti, tenían facha de piratas. Ninguno miraba hacia Glamorgan. Se entretenían en pasatiempos distintos.

Varios jugaban a cartas, otros a los dados. Alguno leía. Los semínolas, reunidos en grupo, fumaban largas pipas.

Glamorgan trataba de imaginar lo que haría Gino. Iría a Key Friends, preguntaría en la goleta correílo...

A su regreso, sabría que Enzo Gasparoni no era pelirrojo. Una idea absurda le acometió. Había veintitrés centinelas. La única salvación era eliminarlos.

Era humanamente imposible, salvo un milagro. La mañana transcurrió larga, interminable, convirtiendo la estrecha bahía en un horno. Las velas estaban tendidas horizontalmente para dar sombra.

La madera crujía bajo el implacable sol antillano. Algunos dormitaban, destilando sudor.

Glamorgan se quitó la camisa y las botas. Daba frecuentes viajes a la borda, provisto de un cubo, que hacía descender y subir por la soca, vertiéndose luego el agua encima, empapándose los bombachos.

Pasó un semínola repartiendo latas de conserva y una botella envuelta en un trapo mojado. Jamón, guisantes, piña y vino blanco. Una comida de circunstancias.

El sol iba declinando hacia un acantilado, que a las tres de la tarde lo ocultó. La atmósfera empezaba a hacerse más respirable.

Veintitrés individuos armados... Y él sólo tenía los puños. Esperar a Gino era como estar en capilla esperando la llegada del verdugo.

El comisario Hugo Cárdenas, en su despacho de La Habana, escuchó atentamente el largo relato que le hacía la visitante. Inquirió, cuando ella hubo terminado:

—¿Cómo supo de mi existencia, señorita Brunetti?

—Glamorgan, al recibir en mi casa el aviso telefónico, le citó a usted. He tratado en vano de sobreponerme, pero no podía vivir pensando en que... le pudiera suceder a Glamorgan lo que a mi marido. Gino es tortuoso y maligno. Nada respeta.

—Tengo para mí que el señor Glamorgan está muy capacitado para resolver a solas dicha cuestión. Pero veo que usted ha cogido el avión, no para oír consejos, que, desgraciadamente, no atenderá.

—¿Dónde está Glamorgan?

—Lo último que de él sé, es que embarcó con Curro Saldaña en su goleta. Aguarde unos instantes...

Cogió Cárdenas el teléfono, y, tras marcar un número, esperó.

—Al habla, yo, Hugo. Comuniquen a la señora Antonia, que su servidor Hugo anhela oír su encantadora voz.

El comisario hablaba como hondamente agobiado por grandes penas. Era su modo de ser.

En el auricular resonó la voz de Antonia «la Morucha».

—¡Cuánto bueno. «Cara de Palo»! ¿Qué se le ofrece a usted, mi amigo?

—¡Ay! Bien que lo sabe, mi amiga. Pero me resigné ya a suspirar en vano. El hecho es que con fines puramente amistosos, me agradaría saber aproximadamente dónde estará a estas horas Curro Saldaña.

—Zarpó rumbo a Key Friends. ¿Cuándo se viene a tomar un buen café especial para sus hociquitos, «Cara de Palo»?

—Tentadora manzana. Seré prudente y me abstendré. Adiosito.

Colgó, y buscó en vano una irónica sonrisa en el semblante de Carol Brunetti, que, demasiado inquieta, sólo preguntó:

—¿Quién es Curro Saldaña?

—Un piratón leal. Se hizo amigo de Glamorgan. Lo hallará en Key Friends, si coge el avión para Key West, desde donde cualquier lancha motora le dejará en un instante en Friends. Ahora bien, usted estaría mejor recorriendo las calles de nuestra capital. ¿No? Me lo figuraba. Hasta más ver, señorita Brunetti.

—¿Cómo encontraré a Saldaña?



La hoja bajó como un relámpago...

—Saldaña es en los Cayos, como Napoleón en Córcega. Adiosito.

En el cafetín, Curro Saldaña rió contento, pero sus ojos llameaban. El indio semínola, bisbiseó:

—No es traición, mi don Curro. Es que yo sé que a mi don Curro le van las cosas mal.

—Sí, el balance de este mes no me da beneficio. Tendrás tu parte, si aciertas. ¿Conque el alijo lo tienen en la «Cuchillada»?

—Resulta que el alijo lo descargó una goleta en mar alta, junto a los Sargazos de la Sirena. Y entonces, cuando los mulatos estaban descargando en las lanchas, acudió el Arcángel con los suyos, y los barrió a tiros, quedándose barato con el alijo. Yo les «vide» de a lejos, como lo llevaban a la Cuchillada.

—¡Rica cosa! Tendrás tu parte. ¿Y cuántos peleones tiene consigo el Arcángel?

—Sus buenos veinte, con piquillo.

—Pocos son. Y el alijo, ¿lo calaron a bordo?

—No, mi don Curro. Lo metieron en la gruta, a oriente de la Cuchillada. En la Gruta de la Bruma, que es la más alta.

—Vete a mi bordo, canelita. Eres ya de los míos. Me quieres favorecer, y yo te favoreceré. Sé que hace tiempo quieres ser de los míos. Ya lo eres.

Curró Saldaña se frotó las manos. No pensaba en el refrán de «Quien roba a un ladrón...». Le venía bien compensarse de la pérdida que le había ocasionado Gustavo Moreno. Pero sobre todo la proximidad de un buen combate, con rapiña, le encantaba.

Sólo había un punto oscuro en su horizonte celestial. La vida de Kirk Glamorgan le pertenecía. ¿Y dónde andaba ahora el pelirrojo?

Había retrasado la salida de su goleta, con lo que la suerte le había favorecido, puesto que aquel retraso dio tiempo a que el semínola, al sorprender la piratería del «Arcángel», le proporcionase un posible gran negocio.

Apuró su octavo jarrillo de ron, al ver aproximarse a Reinaldo.

—¿Y bien, compadre?

—Cosas raras, patrón. Un semínola de la goleta, «Henequén», la goleta del «Arcángel», vino a buscar a Kirk, que se fué tras él, y allá van por la mar.

—¡Caray! ¿Será el «Arcángel» a quien busca Kirk? Pero si vino a buscarle uno de la «Henequén» no son enemigos. ¡Caray! Eso no lo veo claro. Tengo que verlo, compadre.

—Tiene que verlo el patrón —aprobó, respetuosamente, Reinaldo.

—Supón que el pelirrojo es amigo del «Arcángel». Malo... porque estoy dándole vueltas a beneficiarme con un alijo que rapiñó el «Arcángel». ¿Tú, qué dices, compadre?

—La rubia pasada que esta mañana vióse con Kirk, se alojó en el «Relax», donde pasó Kirk desde el mediodía, todas las horas. Y sigue

la rubia allá.

—Bueno es. Vete a bordo y di que tan pronto le haya yo encontrado la vuelta al negocio, zarparemos.

Curro Saldaña se encaminó hacia el «Relax». Haciéndole grandes zalemas, le rió el negro encargado.

—Hola, mi amiguete. Tú eres discreto como el papagayo. Lo que callas para todos, lo cantas para mí. Tengo un peso de plata de los antiguos para ti. Hay algo que me escarba la cabezota, negro. Y tú puedes despejarme el serrín. La cosa es clara: yo tengo un amigo que me empeñó palabra de partirse el corazón conmigo. Me interesa que nadie me le perjudique. Tú lo conoces. Es pelirrojo, y se metió en esta pocilga, a eso del mediodía.

—Yanquí muy generoso, mi don Curro. Pidió por un italiano llamado Enzo Gasparoni que estaba desde anoche en el tres. Se pasó la tarde y hace poco se fué, pagándome la cuenta de Gasparoni. Y no sé qué se traía con la alemana Greta, que se ha alojado en el cuatro.

—Vamos a poner orden en estos números.

Curro Saldaña subió las escaleras, para llamar poco después en la puerta marcada con un 4. Una voz contestó, tras la cerrada madera.

—Estoy enferma. No quiero ver a nadie.

—A mí, sí. ¿O no me conoces, natillas? Soy Curro Saldaña.

—No puedo abrir, don Curro. Estoy casi desnuda.

—No importa, Greta. Miraré para el techo. Abre, que tengo prisa.

La última frase fué algo brusca, y la puerta se abrió. Greta, con un batín echado sobre los hombros, trató de sonreír. Estaba nerviosa.

Curro Saldaña miró despaciosamente en torno. Tenía en los ojos saltones la expresión del camaleón que acecha una mosca...

Iba ella a hablar, pero Saldaña la contuvo, alzando imperioso una mano y tendiendo el oído.

Pasó un instante angustioso para la alemana. Por fin, el cubano dijo:

—Somos dos. Tú y yo. A nadie más veo. Y, sin embargo, aquí estamos respirando tres. Si tenías visita, por mí no te sofoques. Lo que no me gusta es que entrando yo, alguien se me parapete, sin dar la jeta.

De pronto miró la cama, y con la diestra rodeando la culata, se agachó lentamente. Miró, y volvió a enderezarse. Sonriendo.

—¡Caray! No sabía que para asegurarte la fidelidad de tu

hombre lo tuvieras empaquetado bajo el tálamo nupcial. Cosa rara esa, Greta. Yo no soy suspicaz, pero me despepitan los misterios. Hay más. Este del rostro envuelto, es fuerte y está atado con alambres por alguien que sabe. Un macho. No fuiste tú. ¿Qué pasó? Ándele, mi amiga, cuénteles la cosa a don Curro.

—Un americano me dió dolares para que yo le guardase a este prisionero hasta su vuelta.

—¡Bueno! ¿Tenía el pelambre rojo?

—Sí.

—Pues no estuvo bien. Yo soy su amigo, y debió darme el encarguito. ¿Y quién es el empaquetado?

—Enzio Gasparoni.

—¿No le mata, sino que lo convierte en embutido? No veo claro. Bien, me llevo el fardo.

—Yo...

—Tú has cumplido, nena. Ahora, a callar. ¿No te dije que el pelirrojo y yo somos amigos?

Abrió Saldaña la puerta y gritó llamando al negro, a quien encargó:

—Un saco grande, donde pueda llevarme yo unos ochenta kilos a hombros. ¡Ándele, negrazo!

Greta dijo, temerosa:

—No sabía yo que iba usted de por medio, don Curro.

—Lo sabes ya. No estuvo bien que el pelirrojo te pidiera ayuda, estando yo a la vista.

Media hora después, Saldaña dejaba caer en su cámara de literas, el saco en cuyo interior iba Enzio Gasparoni. Le quitó el pañuelo que envolvía el rostro y la mordaza.

El italiano estuvo largo rato respirando afanosamente. Por fin, recobró la normalidad. Tenía un lado de la frente hinchado, así como la ceja, el pómulo y el ojo del mismo lado...

Miró inquieto a su nuevo captor, que bebía a sorbitos golosos del gollete de un frasco.

—Habla ya, muchacho —invitó, en inglés, Saldaña—. Tú eres el que estuviste almorzando con la señora Antonia «la Morucha». Y allí estuviste hasta casi la anochecida.

—No tengo nada que decir, ¿Usted, quién es?

—El que te puede colgar boca abajo del palo. Tú tenías una cuenta pendiente con un pelirrojo. ¿Cómo no te la cobró? Aquí las usamos así, y él es de mi temple. ¿Por qué no te cobró la cuenta?

Furioso, entre dientes, barbotó Enzio Gasparoni:

—¡Maldito federal!

Curro Saldaña fué de pronto la encarnación de un ídolo cruel. Sus ojos, al entrecerrarse los párpados, tuvieron salvaje reflejo...

—¿Dijiste, Enzo?

—Me pareció que era Kirk Glamorgan, pero no pude verle bien, cuando me atacó por la espalda.

—Kirk Glamorgan se llama el pelirrojo. ¿Dijiste que era...?

—Un agente del F. B. I. de la policía federal de Augusta.

La primitiva psicología de Curro Saldaña, que le inducía a apreciar al que no obstante debía enfrentarse con él, le hacía ahora sentirse mortificado. Lo que más aborrecía era al espía que se fingía un maleante...

—Bueno —dijo por fin, torvo el semblante—. Así te quedas, hasta que salude yo al cochino embustero. Ya voy viendo. Tú ibas a reunirte con alguien, y el cochino embustero te ha suplantado, para cazar al otro. El cochino embustero subió a la «Henequén». Está claro. Quiere cazar al «Arcángel», que es el único de calibre que hay en la «Henequén». ¡Me las paga, me las paga!

Por más de una hora, estuvo Saldaña paseando por la cubierta, furioso. A la vez, meditaba el mejor plan para asaltar el alijo escondido en la gruta superior del acantilado oriental de la estrecha bahía llamada la Cuchillada.

A la medianoche reunía a sus tripulantes, de nuevo cinco, por el enrolamiento del semínola.

—En la Cuchillada hay la «Henequén», vigilando un alijo escondido en la Gruta de la Bruma. Ha de ser nuestro el alijo.

Los cinco oyentes asintieron gravemente a aquella verdad.

—Seguro que tendrán ojeadores a la punta de la bahía, que nos verían llegar. Es, pues, cuestión de entradles por la grupa. Daremos largo rodeo, pero la tardecita estaremos atrás de la isla, y a pie llegamos a la gruta. Somos cinco, y son cuatro veces más. Tendremos que recoger en Cayo Esperanza, una partida de diez. Hay más. Por allí ronda el pelirrojo, ¡y es mío! No debe ser herido, ni sufrir daño... ¡porque es mío! ¿Oísteis?

Los cinco asintieron vigorosamente. Añadió Saldaña:

—Según estén repartidos, así trabajaremos. La entrada la tengo. Se trata de ver luego a cómo están, y según estén, así maniobraremos. Hay que engrasar los fusiles ametralladores. Uno para mí, otro para ti, Juan, y él tercero lo manejarás tú, Reinaldo. Bueno, el viaje es larguito. Vamos ya a ponernos en marcha. Hemos de llegar a la isla a la tardecita.

Eran las doce y media del día siguiente, cuando Gino Brunetti desembarcaba en Key Friends. Se encaminó al hotel donde se alojaba Tiana.

Al aparecer la tanguista, Gino Brunetti preguntó:

—¿Qué tal era Enzo Gasparoni, el que te dió el maletín?

—Me pareció guapo y seguro. Lo recomendaba doña Antonia.

—A mí no me gusta. Tiene ojos demasiado claros, demasiado de acero.

—Sus ojos son negrísimos, Gino. Y...

—Andaré mal de la vista. ¿Y qué tal sus cabellos?

—Como sus ojos. Un negro azulado. Un moreno guano, Gino.

Gino Brunetti abatió la diestra en un rápido manotazo, surcando a diestro y siniestro el rostro de la infeliz, que, sangrando de labios y nariz, cayó al suelo conmocionada.

Gino Brunetti se desfogó, aplicando puntapiés a la caída... Salió del hotel, preso de una fría cólera. Trató de calmarse, porque tenía que efectuar ciertas pesquisas relacionadas con la venta del alijo saqueado.

Las llevó a buen fin, tras larga discusión sobre el precio y lugar de entrega de mercancías a trueque del dinero. Y cuando bajaba las escaleras del mejor hotel de Key Friends, terminada su entrevista se quedó inmóvil, paralizado de estupor...

No podía ser. Pero de pronto, vió claro, recordando... Los rojos cabellos del agente Glamorgan, de Augusta, el que entabló el tiroteo allá en el almacén de madera, y después visitó a los Gasparoni en compañía de Carol...

Carol, que ahora se hallaba en el vestíbulo, aguardando seguramente a Kirk Glamorgan. Volvió a subir despacio las escaleras, y llamó a un camarero.

—Hay una señorita turista en el vestíbulo. Parece esperar a alguien. Entérate.

—Ha preguntado por Curro Saldaña. Ha llegado hace apenas media hora. Le hemos dicho que Saldaña cuando toca por aquí, viene al hotel.

—Toma. Para ti. Vas a decirle a la señorita, sin mentarme, que has mandado aviso al hombre de confianza de Saldaña, que vendrá a buscarla. ¿Te das cuenta?

—Lo que usted, quiera, señor Gino. Voy a decírselo.

Carol Brunetti entregó otra propina al camarero, cuando éste le comunicó que había enviado aviso al hombre de confianza de Saldaña.

Gino Brunetti salió del hotel, por la puerta de servicio. En la

lancha motora eligió al semínola cuyo aspecto era menos siniestro.

—Atiende bien. Preguntarás al camarero Roque cuál es la señorita que pide por Saldaña. Le dirás que tú eres el hombre de confianza de Saldaña. Puede que ella pregunte por Kirk Glamorgan. Repite.

—Kirk Glamorgan.

—Entonces le dirás que el pelirrojo está con Saldaña en su goleta, a donde esta motora os llevará. Repite.

Cuando el semínola se fué, examinó Gino Brunetti el mejor lugar de la cabina. El armario ropero... No podía incurrir en el riesgo de que desde tierra vieran a Carol Brunetti forcejear. El rapto de mujeres, si eran negras o mulatas, tenía poco castigo. A lo sumo, dos meses de trabajos forzados en el Morro. Pero el rapto de una blanca turista, tenía pena de perpetua. Llamó a dos semínolas.

—Cuando estemos a tres millas de la Costa del Cachalote, sin daño, le atáis las dos manos a la espalda, a la que entrará en ésta cabina. Id.

Entró Brunetti en el armario, cuando oyó el taconeo femenino que repiqueteaba en la pasarela.

IX

Carol Brunetti encendió un cigarrillo para calmar sus nervios. Ante la proa de la motora, se abrían los grandes mostachos de espuma. El paisaje era esplendoroso y la blanca ladera habitada del Key Friends, era ya invisible.

Entraron los dos semínolas, buscando, al parecer, algo en una alacena. Y súbitamente, se encontró ella sujeta por hombros y brazos, mientras en sus muñecas iba enlazándose un cordaje forrado en tela.

El remate del cordaje se enlazó en un anillo de la lucarna, y los dos semínolas salieron de la cabina. Carol Brunetti trató de levantarse, pero la postura se lo impedía, y el intento le causaba dolor en las clavículas.

La puerta del armario se entreabrió, y ella, anonadada, dejó de forcejear, al reconocer al que pausadamente encendió un cigarro habano, y fué a sentarse frente a ella, en la cerrada y pequeña cabina.

—Hola, hermanita.

Ella, odiando, no podía evitar cierto dolor en el alma, al verse ante el causante de su viudez. Habían sido niños, y en sus juegos, siempre salió ella perjudicada, pero aquel guapo muchacho era su hermano...

—La sorpresa te deja sin respiración, hermanita. Yo no te quiero mal. Soy quien soy, y di pasos por fuera del sendero legal. No te comuniqué que había felizmente escapado a la muerte, porque sabía que me considerabas una deshonra para la familia. Nuestros padres murieron, hermanita. Y tú eres lo único que me queda.

El «gangster» hablaba dulcemente, casi con quejidos lastimeros. Esperó respuesta, pero Carol Brunetti, centelleantes los ojos, crispaba los labios.

—Y luego supe algo que me llenó de infinita tristeza, hermanita. Tú estabas vendiendo a tu propio hermano. Ibas con un agente del F. B. I., buscando mi pista. Nadie la sabía, aparte Gasparoni y Fulton. Raro tú lo adivinaste, lo presentiste porque no en balde somos de la misma sangre. ¿Ya qué has venido, Carol?

Ella siguió en silencio, doloridos los ojos en su intensa fijación sobre el rostro del «Arcángel» de los Cayos.

—Estás atada, y tuve que atraerte con trampa, porque quise evitar una reacción impropia de nosotros, hermanita.

—Muy propio de ti es tenerme atada, Gino —dijo ella, enronquecida.

—Para evitarte acción que luego te reprocharías.

—Fuiste siempre malo, Gino. Y cometiste el mayor pecado. Lograste que tu propia hermana te odiase.

—No es mi culpa, que no sepas ser indulgente. ¿Qué mal te hice yo? Si busqué dinero fácil, era la ley quien conmigo debía entendedérselas. Pero tú, mi hermana, ¿es que eres juez de mis actos? Si no pido tu cariño, bien pudiste darme tu perdón, ya que ningún mal directo a ti te causé.

—¡Canalla eres, Gino! ¿Y él? ¿Y el pobre William?

—Sentí su accidente, Carol. De veras que lo sentí.

—¡Hay un infierno en la misma vida para los asesinos como tú, Gino!

—Los cuatro policías primeros y los otros que después murieron, deseaban llevarme a la silla, Carol. ¿No te das cuenta?

—¡Hablo de William!

—¿Qué tengo que ver con él? En paz descansa.

—Fuiste a proponerle que te sirviera de cómplice, y que en sus camiones te llevase la droga.

Los aterciopelados ojos del italiano tuvieron un destello fugaz, que oculto bajando los párpados.

—Cierto. Lo he de confesar. Con ello no hice más que darle a William la ocasión de ganarse mucho dinero. Él se negó, y quedamos tan amigos. Le rogué no te dijese nada, para evitarte un disgusto.

—¡Y cuando él estaba pescando, allá en el acantilado... le diste el traidor empujón que lo destrozó! Y con ello, destrozaste mi alma. Gino. ¡Hay un infierno para los asesinos como tú! Ninguna misericordia humana ni divina les espera.

Gino Brunetti se quejó:

—¿Cómo puedes ser tan maligna en tus pensamientos? ¿Iba yo a matar al hombre que te protegía? Me causas infinito dolor, Carol. ¿Quién pudo engañarte así? ¿Acaso Kirk Glamorgan?

Repentinamente, ella recordó que el indio mensajero dijo que Kirk Glamorgan estaba con Saldaña.

¡Gino sabía, pues...! Estremeciéndose, dijo:

—Kirk Glamorgan está muy lejos de aquí, Gino.

—Antes del atardecer estaremos junto a él.

—¡Gino! No puedes... Yo podría olvidar... ¡Gino!

—Son gritos del alma, Carol. No engañan. Clamas por Kirk, como la leona herida, al ver su macho en peligro. Pronto te consolaste de tu viudez.

—Si le haces algún mal a Kirk Glamorgan... podrás matarme cuanto antes, Gino. ¡Porque juro que de no hacerlo, yo...!

—Es horrible tú actitud, Carol. Contra tu propio hermano defiendes al que venía a buscarme para conducirme a la silla.

—No mientas más, Gino. Hice mis indagaciones, y supe que la misma tarde en que William caía despeñado, tú estabas en el acantilado. Sólo yo lo sabía, y nada dije. Fué un crimen horrendo. No añadas otro más. Yo haré que Kirk Glamorgan te olvide. Diremos que era falsa sospecha la mía. Que tú estás bien muerto... ¡muerto del todo para mí, Gino! Podrás seguir tu camino salvaje. Pero deja que Kirk Glamorgan...

Levantándose, Gino Brunetti acalló a su hermana, aplicándole rápidamente unos bofetones. Sus ojos centelleaban, al decir:

—¡Contra mí te has puesto, Carol Brunetti! Ya no eres nadie para mí. La suerte de Glamorgan será la tuya. ¡No hay misericordia para ti, infame traidora!

Abandonó Gino la cabina, y ella, sollozando, trataba de contener el llanto, mordiéndose los labios agrietados. Y ahora sabía lo que hasta entonces sólo presentía: quería a Kirk Glamorgan, el hombre que por su culpa iba a morir a manos de Gino Brunetti.

EPÍLOGO

A las cuatro de la tarde, el semínola Charlie sostuvo un breve conciliábulo con otros tripulantes de la «Henequén».

—Cuando empiecen las sombras, debe montarse la guardia en la gruta.

—El pelirrojo no puede quedar suelto. Podría echarse al agua.

—Pasa con frecuencia bajo la cabria. Bastaría dejarla caer.

—Dijo el «Arcángel» que no debíamos hacerle daño.

—Pasa también bajo la lazada de las lonas menores.

—Esto sí. Avisa a Prokoff, y que la suelte como sabe. Después lo atamos al palo, sin daño, y podemos estar tranquilos.

Kirk Glamorgan, al transcurso de las horas, sin hallar medio de huir, confiaba en que Gino Brunetti regresase ya obscurecido, dada la distancia hasta Key Friends.

Con la penumbra, podía realizar el plan que iba madurando en su mente. Era sencillo. Entrar en la única cabina, en cuyo umbral había dos hombres. Dos que podía derribar.

Cerrada la puerta, cogería el hacha que en sus paseos había visto, y abriría brecha en el casco, para dar entrada al agua. Apuntalada la puerta, podría hacer la vía de inundación, y después...

Hundida la goleta, cuando regresase Brunetti, ya vería el medio de capturarlo. La isla era grande.

El sol hacía ya largo rato que estaba oculto por el acantilado. El anticipado crepúsculo en la estrecha bahía iba a serle propicio.

Vió como diez hombres abandonaban la pequeña goleta, en una lancha plana, yendo a tierra a remo. Siguió en sus paseos, destinados a calmar su impaciencia, y también a pasar repetidamente ante el umbral de la cabina, sin levantar sospechas.

Súbitamente, algo se enroscó alrededor de su busto y brazos. Reaccionó una fracción de segundo tarde. Ya el cable en lazadera le suspendió, haciéndole bascular hacia delante...

Corrieron hacia él tres individuos, de los que derribó dos a feroces puntapiés. Pero sujetos los brazos y en aquella posición de equilibrio inestable, pronto se vió adosado al pie del palo de popa, con seis vueltas de recio cable rodeándole cuello, busto, brazos y piernas.

No podía siquiera mover un músculo. Y los tripulantes de la banda del «Arcángel» dejaron de ocuparse de él. Otros tres fueron a tierra, para montar la guardia en el acantilado.

Las aguas quietas eran cortadas de vez en cuando por el surco blanquecino que en estela dejaba la aleta de un tiburón.

Un ruido de motor fué aumentando, y pronto la lancha motora en que se había ido Gino Brunetti, atracó a un costado.

Kirk Glamorgan tuvo ya la certeza de que había llegado al final de su ruta salvaje, emprendida desde el primer día en que ingresó en el F. B. I.

Se extrañó de que le doliera tanto. No era amor propio, no era instinto de conservación. Le dolía morir, porque en su vida sin amor, había ya una imagen adorada.

Creyó una alucinación lo que veía... Crispó las mandíbulas, cuando en el mamparo, frente a donde se hallaba, quedó al igual que él, atada, Carol Brunetti.

Gino Brunetti sonreía en rictus siniestro. Se detuvo a dos pasos, entre los dos prisioneros.

—En muy poco me valorabas, Kirk Glamorgan.

El agente del F. B. I. habló, fríamente:

—Asunto de hombres es el nuestro, Gino. He perdido. Estás en tu derecho de ejecutarme.

—Gracias. Tu generosidad me abruma.

—Eres un «gangster» y yo un policía. Bien. Alguna vez han de ganar los malos, porque la vida no es un cuento para nenes. Pero... hay algo que no puedes hacer, Gino.

—Veamos.

—Es tu hermana.

—¿Dónde está? La mujer que ves, es una traidora a su casta. Una traidora que hasta aquí vino, acompañándote.

—Un error. Tú, que bien te informas, podrás saber que yo vine solo. Y sabía desde un principio que ella, allá en Augusta, lo que se proponía era despistarme. Porque yo fui el que supo que no estabas muerto. Ella quiso despistarme. Y si aquí está, a avisarte venía.

—Enternecedor. Francamente emocionante, Glamorgan. Quieres morir con gesto de capa y espada. Te has contagiado del color pastel del paisaje. Ella me odia porque quité de en medio a un imbécil puritano que era su marido. La viudita Carol se enamoró de tus cabellos. Ella también me suplicó por tu vida. Si la hubieses oído gritar... Un clamor de corazón. ¡Bah! Si tanto os amabais, tórtolos, no teníais que venir a traicionar mi secreto.

Gino Brunetti hizo una señal, indicando el cinto de un semínola,

el cual desenvainó, ofreciendo su machete.

Carol Brunetti gritó con frenesí salvaje, cuando Gino Brunetti fué alzando lentamente, por encima de su cabeza, el ancho acero.

El crepúsculo teñía de malvas tonalidades la bahía. Carol Brunetti dejó de gritar, desmayada, porque el machete, con seco golpe siniestro, había caído sobre la cabeza del agente.

Kirk Glamorgan, lívido, oyó las risas complacidas de los tripulantes. Gino Brunetti retrocedió, tras arrancar el machete, del palo, entallado profundamente a dos centímetros de la sien izquierda de Glamorgan.

—Has de agonizar, federal. Pero ahora reza. El segundo golpe va de veras.

Gino Brunetti alzó con las dos manos el machete, y Glamorgan comprendió que iba a morir.

Y repentinamente pareció que en la calma del crepúsculo, estallaba una tormenta de granizo. Repiqueteaban estampidos sobre cubierta.

Gino Brunetti vaciló, en alto las manos. Daba una sacudida a cada balazo que desde el acantilado un fusil ametrallador manejado por Curro Saldaña, le incrustaba en el cuerpo.

Otros dos fusiles barrían la pequeña cubierta, y en el acantilado, los machetes y cuchillos tajaban y hundíanse en cuerpos luchando...

Gino Brunetti bajó las manos y la punta del machete se hincó en la madera. Cayó desplomado, muerto.

Kirk Glamorgan miró hacia Carol Brunetti, que pendiente la cabeza sobre el pecho, continuaba sin sentido.

Ya no crepitaban las balas. Era sorda y feroz la lucha final en la cima del acantilado.

Un cuchillo, de refilón, alcanzó la cara de Saldaña, cuando su machete abría la garganta de su agresor. Abrióse paso con fiereza, y cuando cesó el entrechocar de aceros, las imprecaciones y los lamentos, fué bajando la ladera, oyendo los chapuzones de los lanzados a la tumba líquida.

Los tiburones empezaron su festín.

Una lancha llevó a Curro y sus tres compinches a bordo de la goleta «Henequén». Al llegar, Reinaldo fué encendiendo linternas. Kirk Glamorgan presintió un peligro en la mirada hosca que le lanzó su antiguo aunque reciente amigo.

Carol Brunetti, volviendo en sí, vió la cubierta con manchas de sangre, pero ya los cadáveres eran pasto de tiburones.

Curro Saldaba se interponía ahora entre los dos. Y los supervivientes del combate iban transportando por la isla, los fardos

del alijo conquistado, hacia la goleta «La Perfecta».

A bordo, con Curro Saldaba, sólo estaban Juan, Reinaldo y Guzmán.

Curro Saldaba se limpiaba, de vez en cuando, la sangre del rostro. Por fin, dijo Glamorgan:

—Hay una dama prisionera, Curro. Debe regresar a La Habana. Debes dar orden de que sea desatada, y en la lancha motora...

—Se verá lo que toque hacer. Una advertencia te di. Yo juego según me envidan. Me jugaste sucio, Glamorgan. Me diste desilusión. Eres un cochino embustero de policía, y yo te metí en los Cayos.

—No te pedí, que me ayudaras.

Curro Saldaba miró a los tres cubados colocados tras el palo.

—Ya sabéis que es un policía. Me engañó. No puede salir con bien de los Cayos. Di, Reinaldo ¿qué toca hacer?

—Horca, cabeza abajo.

—Di, Juan, ¿qué toca hacer?

—Salvo media goleta, patrón. Que muera a lo macho.

—Bien hablaste, Juan. Di, Guzmán, ¿qué toca hacer?

—Tú mandas, patrón. Dijiste que era tuyo. Dale su merecido.

—¡Cuánto bueno! —gruñó Saldaña, satisfecho.

Alzó el machete, y se detuvo al oír el grito de Carol. Volvióse para mirarla:

—¡Caray! ¿Y quién es ella?

—Era hermana de Gino Brunetti —explicó Glamorgan.

—¿Gino, «el Arcángel»? ¿Y qué hacía aquí?

—¡Por Dios, Saldaña! Dale libertad, que es mujer y no tiene nuestros nervios —exclamó Glamorgan.

—Razón tiene el pelirrojo cochino embustero. Dadle suelta a la hermosa y llevadla a la motora, hasta que decida con ella.

Libre, corrió Carol hacia Glamorgan. Este, sonriendo, dijo:

—Espérame donde dice Saldaña. Tenemos pleito, pero no te llamé por testigo.

—No he de irme sin ti, Kirk. ¿No comprendes que todo este horror que he vivido ahora...?

—Chitón. No debiste venir. ¡Fuera con ella, Saldaña! A la fuerza, si es preciso, pero fuera con ella.

—Va bien, «Cresta Roja». ¿No oísteis, compadre? ¡Fuera con ella!

Debatiéndose, Carol Brunetti fué transportada a la lancha motora, donde lleno de arañazos, Reinaldo apretó con cierto rencor, ligaduras que la mantuvieron quieta en el diván.

Los tres regresaron a bordo, donde Saldaña estaba cortando el cable, mellando su machete. Por fin, al quedar libre, Kirk Glamorgan se frotó los brazos entumecidos.

—Lo nuestro tiene espera, cochino espía. ¿Qué pinta la señora, porque lo es?

—No es asunto tuyo. Vamos a lo que quieras, Curro Saldaña. Yo soy policía. ¿Y qué? ¿Me metí contigo como tal? Vine por Gino Brunetti, y me evitaste un trabajo duro, porque ella es su hermana. Pude darte a custodiar a Enzo Gasparoni, pero hubiera sido sucio.

—Pico te sobra, pero oíste ya la sentencia.

—Dijeron morir a lo macho. ¿Qué entiendes por ello?

—Peleando, ¡caray!

—Necia solución. Yo no tengo contra ti nada. Acabas de salvarme la vida.

—¡Porque es mía! Así lo empeñaste en casa de Antonia.

—Si contigo lucho, uno de los dos quedará resentido: el que viva.

—¡Qué pico tiene el cochino! —sonrió, agriamente, Saldaña—. Elige, hay machete, fusil ametrallador, hay cuchillo, hay pañuelo... Elige. Me da lo mismo cómo, con tal de matarte. Vosotros, explicadle a éste las peleas bravas de los Cayos.

Obedeciendo a una decisión repentina, bajó Saldaña hasta la cabina de la lancha motora. Dijo galantemente:

—Estás atada porque arañas, señora. ¿Qué pleito tienes tú con el cochino policía?

—¿Quién eres tú para pedirme cuentas? Tienes cara de verdugo y si pasa daño Kirk, no pararé hasta darte yo muerte.

—Italiana, como me gustan. Bravas y celosas. ¿Lo quieres al yanqui?

—No te importa. Si él sufre daño... ¡dame muerte!

—Yo no mato mosquitas.

—Te consideraban un pirata leal y no lo eres.

—Ten la lengua, hermosa. Le doy al pelirrojo la mejor suerte. La de medirse a lo macho conmigo. De eso no entiendes tú. Aquí no estamos en los rascacielos, sino en los Cayos, donde manda el valor.

—Pero entiendo de otra cosa, Saldaña. Déjame que te diga quién es Glamorgan.

—Lo sé. Un cochino policía.

Empezó ella a contar desde el día en que trajeron el cadáver de su marido William, hasta el instante en que apareció Gino en aquella misma cabina.

—Está bueno —comentó al final Saldaña—. Penosa es tu

historia, Carol Brunetti, pero yo tengo también mis sentimientos. Y en los Cayos, sobra uno de los dos: ¡él o yo!

Abandonó presuroso la cabina, y de nuevo en cubierta, se enfrentó al que aguardaba.

—¿Te dijeron ya cómo son las peleas bravas?

—Bestialmente salvaje es la suerte del pañuelo.

Según las explicaciones de Reinaldo, consistía en que los dos contendientes, uno frente a otro, asían con los dientes el extremo de un pañuelo, atado el brazo izquierdo al cuerpo.

En la diestra, un cuchillo. El que soltaba el pañuelo, era un cobarde, si lo hacía antes de que uno de los dos cayera, muerto.

—Tal vez no te mate, Glamorgan. Pero sin mi marca no te vas. ¡Dadle cuchillo!

Reinaldo tendió el suyo, que cogió Glamorgan.

—Te vas a ir, Glamorgan. Para ti la lancha motora. Llévate a tu dulce nena, donde se te antoje. Pero he de ver el color de tu sangre, y ha de quedar en tu piel, mi marca. Has de verla siempre. Y si algún día a los Cayos volvieras... ¡por esas! —y besó Saldaña salvajemente sus dos pulgares cruzados— ...que te quitaré la vida que hoy te perdono.

—Y en paz estamos. ¿Cuál es tu marca?

Curro Saldaña torció los mostachos. Dijo, como avergonzado:

—Te odio porque te cogí ley. Tenía que matarte por lo de Antonia. Pero allí tienes mejor paloma. Te cogí ley. ¡Y eres un cochino policía!

—Hay policías mejores piratas que muchos de los Cayos.

—Puede que sí. Pero he de ver tu sangre. ¡Traed mesa!

Reinaldo y Juan trajeron tosca mesita, que colocaron entre los dos hombres. Los rojizos reflejos de la linterna, en la quieta bahía de la Cuchillada, conferían mayor opresión a lo que ignoraba Glamorgan.

—Coloca tu mano diestra sobre la madera, «Cresta Roja».

Maquinalmente, obedeció el agente. Sobre la suya, se apoyó ancha, la diestra de Saldaña.

—Y ahora... ¡clava!

Los grises ojos de acero del agente se fijaron en los saltones que distaban apenas medio metro de su rostro. Inclínados los dos, dijo el agente:

—Estúpida es tu petición, Saldaña.

—Con ella me conformo. Mezclar nuestras sangres, y que lleves marca que siempre te recordará quién soy.

—No me presto a salvajadas en frío. Si tú no fueras quien eres,

hace tiempo que te habría dado lo que pides a gritos, por pendenciero fanfarrón y salvaje.

—¿Oísteis al cochino policía? Le hago un honor, y se raja... Piénsalo bien, yanqui... Estás en los Cayos, y allá abajo ella espera. ¡Por Dios santo que me perdona siempre, juro que no sales vivo si te rajas! ¡He de ver tu sangre!...

Algo confuso, ancestral, lleno de primitiva ternura salvaje, pareció emanar de la ancha y cálida manaza de Saldaña apoyada sobre la diestra del gente.

Kirk Glamorgan comprendió que aquella salvajada era un epílogo increíble... lejos de los Cayos.

Debía hacerlo... Era como un pacto de despedida entre dos que hubieran sido amigos hasta la muerte, de no militar en bandos opuestos.

Alzó el cuchillo, y besó la hoja, estremecido. Perlaron en su frente gotas de sudor. La noche tibia y quieta tenía ambiente lejano, aroma de ruta de piratas...

Dijo:

—Tú eres el más valiente, Curro Saldaña. ¡Que se mezclen nuestras sangres!

Ofreció el cuchillo, y dijo:

—Clava, Saldaña. A honra tendré tu marca.

Curro Saldaña cogió el cuchillo. Los tres espectadores tenían el grave aspecto de jueces complacidos...

—Bien hablaste, «Cresta Roja». Soy más valiente... porque esto sólo lo hacen los muy machos. ¡La marca de los Cayos!

La hoja bajó como relámpago, y la madera crujió al clavarse en ella el acero que atravesaba las dos diestras...

Kirk Glamorgan sintió primero un agudo dolor. Después, un frío intenso correrle desde la nuca hasta los riñones. Se tambaleó, cogiéndose la frente con la mano izquierda...

Curro Saldaña, lívido, saltones los ojos, dijo roncamente:

—Pólvora, vinagre y ron... ¡Presto, holgazanes!

Reinaldo mordía un cartucho, y Juan sacudía un pequeño frasco que sacó del cinto, mientras Guzmán abría el gollete de su cantimplora, que tendió a Saldaña, el cual ansioso, pero ofendido, vociferó:

—¡El invitado primero, animal!

Cerrados los ojos, Glamorgan bebió ansiosamente. Reinaldo cogió con las dos manos la empuñadura, del cuchillo... y arrancó.

Un gemido escapó de labios de Glamorgan, cuya diestra, inundada de dos sangres, permaneció yerta sobre la mesa. Reinaldo

echó pólvora en la brecha, y a continuación, vertió Juan vinagre.

El dolor fué ahora tan agudo, que Glamorgan temió desmayarse. Se apoyó de pechos sobre la mesa, y le agradó, en su semiinconsciencia, ver que rozaba la cabeza de Saldaña, también medio derrumbado.

La pólvora y el vinagre mordían, en sana curación brutal. El ron daba calor...

Poco a poco se enderezó, mientras Reinaldo efectuaba un vendaje prieto y eficaz. Saldaña sangraba de los mordidos labios. Dijo:

—Vales, Glamorgan. Si algún día dejas de ser un cochino policía, me buscas. Si vivo, bien, y si no, tú serás digno sucesor mío. Y ahora, ¡largo! Con una mano puedes llevar la canoa siempre al Este, hacia aquella estrella. Ahí está Key West. Y no busques a Enzo Gasparoni. Se queda conmigo. ¡Largo!

Kirk Glamorgan estaba en los Cayos...

Insertó la mano herida en el pañuelo que en cabestrillo le colocó Reinaldo. Miró con íntima emoción a su generoso enemigo:

—Me largo, Saldaña. Y si algún día dejas los Cayos, búscame. Hacen falta policías como tú.

—¿Oísteis, compadres? Lo dice convencido, el muy cochino... Lo dice como cumplido, el muy... ¡Anda, «Cresta Roja», largo de aquí!...

—Adiós, amigos.

—Adiós —dijeron los otros tres.

Curro Saldaña se acercó a la borda, y cuando iba a saltar Glamorgan a la motora, dijo:

—A veces una mujer que quiere, puede con el más macho. Si no la oigo a tu paloma, té hubiese dado marca con llave de tumba. ¡Largo!

Ya en la proa de la motora, miró Glamorgan al que se inclinaba por la borda. Ambos se contemplaron un largo instante, y por fin, encogiéndose de hombros, ambos dieron media vuelta.

Desamarró Glamorgan el cable, y pasó a la cabina, para bajar la palanca. El motor petardeó, levantando penachos a popa.

Carol Brunetti, murmuró:

—Puedo ayudarte, Kirk.

Pero él no la oía. Estaba pensando que de no ser agente del F. B. I., hubiera sido otro Saldaña de los Cayos...

Empuñó el volante, fija la mirada en la estrella señalada por Curro Saldaña. Y cuando ya quedaba lejos la bahía de la Cuchillada, volvió en sí.

Gino Brunetti estaba definitivamente muerto. Había cumplido su misión. Y atrás, había una silueta, que últimamente había estado siempre embrujando su imaginación.

Sin volverse dijo:

—Claretta necesita alguien que la proteja... Y tú también.

—Sí, Kirk.

—Es curioso, Carol... Hizo falta que dejase de verte, para empezar a quererte.

—Sí, Kirk.

—Eso debe ser lo que se llama amor, ¿no?

—Sí, Kirk.

—¿No sabes decir otra cosa?

—Sí, Kirk. Puedo decir que estoy atada y quisiera... quisiera...

Kirk Glamorgan rió. Le dolía salvajemente la diestra, pero su brazo izquierdo era muy hábil, desligando y enlazando. La canoa bandeó peligrosamente, dando escoradas, al no tener mando...

Carol, sin desprenderse del abrazo, apoyó la diestra en el volante, a la vez que él, sin separar los labios de la tibia presión que los enajenaba, apoyó la zurda en la otra mitad del volante.

La canoa, restablecido el mando, enfiló recto hacia Key West, dejando atrás la Ruta Salvaje.

FIN

**LOS DOS DECIDIERON BUSCARSE
EN LOS CAMPOS DE BATALLA...**

para consumir su venganza.

Dos hombres enamorados de la misma mujer, inglés uno, alemán el otro, juran al separarse, al comenzar la última gran contienda mundial, que buscarán enfrentarse en acción de guerra para saciar sus anhelos de venganza.

Y AMBOS SE ENCONTRARON...

en circunstancias bien dramáticas
e imprevisibles.

Si quiere usted conocer su apasionante
historia, lea:

Un capitán de comandos

la última novela de Fidel Prado, donde se describen con acierto magistral los más audaces desembarcos de la última contienda
UNA NOVELA QUE LO REUNE TODO:
acción, aventura, un tierno idilio amoroso...
y la descripción de los más fieros episodios
de la guerra de «Comandos».

ESO ES:

la última novela de Fidel Prado

Un capitán de comandos

que será publicada en el próximo número
de la gran Colección,

SERVICIO SECRETO

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE JUNIO DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:

Nº 008757

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con los de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 pts.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

- Núm. 283 - Matilde Redón chirona.
■ **SE NECESITA UN HERERO**
Núm. 284 - E. Aguilar de Röcker.
■ **¡A BANDO NO!**
Núm. 285 - Amparo Lara.
○ **PARA TODA LA VIDA**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

- Núm. 123 - María Lar.
■ **CONOZCO TU SECRETO**
Núm. 124 - María Adela Durango.
■ **EL COMANDANTE SMITH**
Núm. 125 - M.ª Nieves Grajales.
○ **CELOS DE MUERTE**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISTONTE

- Núm. 224 - Fidel Prado.
■ **LA CANTINA**
Núm. 225 - Tex Taylor.
■ **DOS HOMBRES**
Núm. 226 - Orland Garr.
○ **EL FUGITIVO DEL ESTE**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

- Núm. 88 - Tony Wanton.
■ **TRES EN EL CIELO**
Núm. 89 - Peter Debry.
■ **RUTA SALVAJE**
Núm. 90 - F. P. Duke.
○ **UN CAPITÁN DE COMANDOS**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN MADREPERLA

- Núm. 179 - María Teresa Largo.
■ **CONTRA TU VOLUNTAD**
Núm. 180 - Lía Ramos.
■ **CITA A LAS DIEZ**
Núm. 181 - Carlos de Santander.
○ **CORAZONES EN LUCHA**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

- Núm. 9 - Vic Martín.
■ **SIN RECORDARLA**
Núm. 10 - Mercedes Muntó.
■ **DESCONFIANZA**
Núm. 11 - May Carré.
○ **CAMPESINA**
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

- Núm. 29 - Oscar J. Friend.
■ **DOS VAQUEROS DE TEXAS**
Núm. 30 - Zane Grey.
■ **SENDAS EN LA ARENA**
Núm. 31 - Clem Yore.
■ **RUTAS DE PLOMO**
Núm. 32 - Zane Grey.
■ **EL CÓDIGO DEL OESTE**
Núm. 33 - Ernest Haycox.
■ **AL EXTREMO DE LA CUERDA**
Núm. 34 - Zane Grey.
■ **LA CUADRILLA DEL TRINCHANTE**
Núm. 35 - Lynn Westland.
○ **EL VALLE DEL PELIGRO**
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.